

# EL VOCABULARIO DE LA SEDA EN EL DIALECTO MURCIANO (Semasiología y Onomasiología)

POR  
JOSÉ MUÑOZ GARRIGÓS

## CONTENIDO DEL TRABAJO

- 0. Introducción.
- I. Vocabulario alfabético.
- II. Semasiología.
  - 0. Introducción.
  - 1. La morera.
    - a) Variedades del árbol.
    - b) Ciclo vital.
    - c) Acciones humanas sobre ella.
  - 2. Descripción del gusano de seda.
    - a) Tipos de gusanos.
    - b) Elementos de su anatomía.
  - 3. Ciclo vital del gusano.
  - 4. Enfermedades del animal.
  - 5. Resultados finales del proceso de crianza del gusano de seda.
- III. Onomasiología.
  - 0. Introducción.
  - 1. Voces específicamente sederas.
  - 2. Voces procedentes del campo léxico de la zoología.
    - a) Mediante especializaciones.
    - b) Mediante movimientos traslaticios del significado.
    - c) El caso especial de «paloma».



3. Voces procedentes del campo léxico de la agricultura.
  - a) En sentido recto.
  - b) En sentido figurado.
4. Voces relacionadas con el hogar. (El hombre y su entorno).
  - a) Acciones y objetos comunes.
  - b) Voces que se han especializado en el área léxica de la seda.
5. Vocabulario descriptivo.
6. Léxico de la valoración.
7. Otras procedencias.
8. Procesos antonomásticos.

#### IV. Conclusiones.

### 0. INTRODUCCION

La crianza del gusano de seda ofrece al huertano de la cuenca del Segura un no desdeñable complemento económico, desde prácticamente los tiempos de la dominación árabe; bien que con una serie de altibajos en su importancia, cabe decir, pues, que ha sido y es una actividad tradicional, (1). Junto a esta clasificación, directamente emanada de los datos de experiencia, es absolutamente necesario establecer otras, si no queremos correr el albur de una comprensión parcial de las coordenadas que siguen los contenidos del área léxica que nos ocupa. En primer lugar hay que tener en cuenta que nos vamos a encontrar con una actividad planteada inequívocamente hacia la obtención de un beneficio económico, el cual sólo puede ser conseguido a través de la exacta conjunción entre las actividades del hombre y del animal que produce la seda; esta armonía entre ambos elementos es tanto más difícil cuanto que la mayor parte de las tareas realizadas por el hombre sólo indirectamente ejercen su influencia sobre el éxito final del proceso: lo pueden favorecer o empeorar, pero muy pocas acciones suyas pueden considerarse definitivas. Estas aportaciones del hombre sobre el proceso de producción tienen un marcado matiz artesanal, son manuales y requieren una técnica muy concreta que ha ido perfeccionándose paulatinamente teniendo siempre puesta la mirada en una mayor rentabilidad. Esto nos introduce de lleno en otro eje ordenador de los contenidos semánticos, y que simultáneamente caracteriza de modo global el vocabulario como técnico; ante el hecho

---

(1) Para la historia, vicisitudes y pormenores de esta fuente de ingresos en la ciudad de Murcia, que en este aspecto puede servir de paradigma de lo acontecido en el resto de la zona, se puede acudir al estudio de Pedro Olivares: *El cultivo y la industria de la seda en Murcia en el siglo XVIII*, Murcia, 1976.



concreto de una actividad el hombre necesita nominar las incidencias que en ella puedan producirse, y acude a los dos procesos onomasiológicos posibles: creación de términos específicos, que formarán el «corpus» de tecnicismos de esa actividad, o la incorporación a ella de voces procedentes de otras áreas léxicas, y que, por cualquier movimiento semántico, han sido incorporadas al vocabulario que nos ocupa.

Los materiales léxicos que vamos a utilizar en este trabajo no son uniformes, en lo que a su procedencia se refiere. A las voces registradas en las recopilaciones de Elgueta y Virgili, Alberto Sevilla, Ramírez Xarria, Lemús y Rubio, García Soriano y Guillén García, (2), hay que añadir las procedentes del archivo de encuestas dialectales de la Cátedra de Gramática Histórica de la Universidad de Murcia, (3); al mismo tiempo, muchas de las voces aquí estudiadas aparecen utilizadas en el ya citado estudio de Pedro Olivares, (4), basado en un amplio abanico de fuentes documentales de distintas épocas.

De esta forma establecemos un «corpus» léxico que pudiéramos definir como pancrónico, tanto en el sentido saussureano de superación de hechos concretos, (5), como en el de abstracción de planos cronológicos, puesto de manifiesto últimamente por Julio Fernández Sevilla, negando la validez de la conocida antinomia del maestro ginebrino en este tipo de estudios, (6). Dado que sobre el primer supuesto tendremos que volver un poco más abajo, haremos hincapié en el segundo aludiendo a la irrelevancia de la distinción entre diacronía y sincronía cuando se trata de plantearse una ordenación de los contenidos en un determinado campo de la actividad humana; independientemente de esta cualidad general es necesario advertir que el vocabulario que nos ocupa apenas ha sufrido variaciones a lo largo de los siglos, lo cual invalidaría, a fuer de estéril,

---

(2) ANTONIO DE ELGUETA Y VIRGILI: *Cartilla de la agricultura de moreras y arte para la cría de la seda*, Madrid, 1761.—ALBERTO SEVILLA: *Vocabulario murciano*, Murcia, 1919.—JERONIMO RAMIREZ XARRIA: *El panocho*, Murcia, 1927.—PEDRO LEMUS Y RUBIO: *Aportaciones para la formación del vocabulario panocho*, Murcia, 1933.—JUSTO GARCIA SORIANO: *Vocabulario del dialecto murciano*, Madrid, 1932.—JOSE GUILLEN GARCIA: *El habla de Orihuela*, Alicante, 1974.

(3) En el presente trabajo se han utilizado las realizadas en los puntos siguientes: Parroquia de los Desamparados, pedanía de Orihuela, cuyo informante fue el matrimonio formado por don José López Marín y doña María Aracil Lidón, ambos de 74 años; El Siscar, pedanía de Murcia, teniendo como informante a José Cámara Valera, de 66 años; Puente Tocinos, pedanía de Murcia, realizada a Manuel Abellán Sabater, de 76 años. A todos ellos nuestro cordial agradecimiento.

(4) PEDRO OLIVARES: *Op. cit.*, págs. 78-89.

(5) FERDINAND DE SAUSSURE: *Curso de lingüística general*. Traducción, prólogo y notas de A. Alonso, sexta edición, Buenos Aires, 1967, págs. 168 y ss.

(6) JULIO FERNANDEZ SEVILLA: *Formas y estructuras en el léxico agrícola andaluz*, Madrid, 1975, págs. 9-11.



cualquier planteamiento basado en la dicotomía cronológica. Este modo de recopilación del caudal léxico objeto de nuestro estudio incide, además, en las actuales directrices de la dialectología, por cuanto es partícipe de las técnicas y metodología de los atlas lingüísticos y de las monografías, más o menos intuitivas o ajustadas al conocimiento directo de los hechos, citadas en la nota 2, (7).

En lo que se refiere a la extensión geográfica en que se registran estas voces, es necesario precisar que la actividad sedera no aparece a todo lo largo de la cuenca del Segura, sino casi exclusivamente en las zonas de la huerta de Murcia y Orihuela, en razón de ello los materiales directamente recogidos por nosotros proceden de puntos de estas comarcas, auténticos enclaves sederos, habiendo aceptado los procedentes de los citados repertorios a título de complementos, bien que indispensables, dado que omiten, salvo el de Guillén García, y algo el de García Soriano, toda referencia a lugares o zonas, pudiéndoseles otorgar, en consecuencia, el carácter de cosecha monográfica de materiales, no en el aspecto geográfico sino sólo en lo referente al área léxica estudiada, aunque algunos formen parte de una ordenación más ambiciosa; de esta manera podemos obtener el necesario complemento monográfico, geográficamente restringido, a la zona del Sureste peninsular en la que venimos realizando las encuestas correspondientes al Atlas Lingüístico de España y Portugal, (8). Con esta forma de reunir los materiales para nuestro estudio parece que también hemos podido obviar algunas de las dificultades y limitaciones denunciadas por Gregorio Salvador a los métodos de encuesta dialectal, si con sus resultados se pretende estudiar el significado, ya que todos los vocabularios utilizados fueron elaborados a partir de palabras que llegaban a sus recopiladores, ya por vía oral, ya escrita, y cuyo significado describieron, (9).

Después de las investigaciones de Gregorio Salvador sobre el habla de Cúllar-Baza, (10), no parece que sea estrictamente necesario plantearse el problema de la posición del investigador respecto de los materiales

(7) Cfrs. además MANUEL ALVAR: *Estructuralismo, geografía lingüística y dialectología actual*, Madrid, 1968, págs. 166 y ss.

(8) A este respecto conviene reproducir las palabras de Julio Fernández Sevilla en torno a la repartición espacial que debe subyacer a la metodología entre atlas lingüístico y monografía dialectal: «El atlas lingüístico de un dominio dado debe recoger aquello que es común a ese dominio, dejando para las correspondientes monografías lo que es privativo de una zona reducida»; op. cit., pág. 8.

(9) Cfrs. GREGORIO SALVADOR: *Estudio del campo semántico 'Arar' en Andalucía*. *Archivum*, XV, Oviedo, 1965, págs. 73-111, especialmente la 80.

(10) GREGORIO SALVADOR: *El habla de Cúllar-Baza. (Contribución al estudio de la frontera del andaluz)*. R. F. E., XLI, 1957, págs. 161-252, y XLII, 1958-9, págs. 37-89.

*El habla de Cúllar-Baza. Vocabulario*. R. D. T. P., XIV, 1958, págs. 223-267.



lingüísticos que va a estudiar, especialmente en orden a lo que el dialectólogo puede saber sobre ese dialecto, con anterioridad a su trabajo, por haber estado en contacto vital con él, e incluso haberlo utilizado. Este podría ser nuestro caso si no fuera porque tratándose de un léxico estrictamente técnico y especializado, tal y como apuntábamos arriba, la superficialidad de los conocimientos previos que, ya no sólo quien esto escribe, sino también cualquier persona que no se haya dedicado a esta actividad, o la haya vivido muy de cerca, hacen válido el sentir expresado por Rafael Lapesa acerca del distanciamiento del filólogo respecto de la lengua que se estudia, dando lugar a una doble perspectiva o medio camino entre el conocimiento previo o apriorístico, y el nacido como consecuencia directa de la misma investigación, (11).

Como ya hemos adelantado en el título, tenemos la intención de emplear una doble metodología en el estudio de esta parcela del vocabulario; el aspecto semasiológico lo ofrecemos, a su vez, en un doble planteamiento: 1) una ordenación alfabética de las voces, acompañadas de su definición (en este sentido hemos de advertir que, en las voces tomadas de los repertorios léxicos arriba citados, hemos respetado al máximo las definiciones ofrecidas por sus autores, siempre y cuando su sentido quedara suficientemente aclarado para el lector actual no especialista); 2) partiendo de aquí se realiza la tarea de establecer los campos semasiológicos que se integran en el área estudiada. Este proceso, llevado a cabo mediante la búsqueda contrastiva de una serie de elementos comunes a varias voces, (12), agota las posibilidades semasiológicas, pero nos abre el camino de las onomasiológicas, por cuanto, aceptando con Gregorio Salvador que «las formas del contenido léxico son aislables y pueden ser objeto independiente de estudio», (13), y que con la posibilidad de estudiar su origen es factible localizar algunos lexemas en otras áreas léxicas, (14), podemos conseguir el marco adecuado para el estudio de un vocabulario que, como hemos repetido ya anteriormente, tiene un carácter eminentemente técnico, siguiendo el supuesto de Baldinger según el cual «cette limitation de la signification due à l'emploi du mot dans une situation

(11) El texto de Rafael Lapesa hace alusión expresa al distanciamiento cronológico, pero creemos que es igualmente válido para la relación espacial. Cfrs. RAFAEL LAPESA: «Ideas y palabras: Del vocabulario de la ilustración al de los primeros liberales». *Asclepio. Archivo Iberoamericano de Historia de la Medicina y Antropología Médica*, Vols. XVIII-XIX, 1966-7, págs. 189-218, especialmente la 189.

(12) «Et ce element X, nous le reconnaissons seulement si nous examinons les attestations... dans leurs rapport avec la structure totale du champ sémasiologique». (KURT BALDINGER: «Sémasiologie et onomasiologie». *Revue de Linguistique Romane*, 28, París, 1964, págs. 249-272, la cita en la pág. 256).

(13) GREGORIO SALVADOR: Art. cit., pág. 90.

(14) GREGORIO SALVADOR: Art. cit., pág. 97.



particulière, correspond au fait connu du rétrécissement de la signification lors du passage d'un mot de la langue commune à une langue de métier ou à une terminologie spéciale», (15). Atendemos así a uno de los caracteres más descollantes, por lo básico, de este conjunto orgánico de voces: la extensión a una actividad muy particular y concreta, por medio de restricciones de sus contenidos, de voces cuya sustancia del contenido las hacía encuadrables en áreas léxicas más generales.

Así las cosas, al afirmar con Baldinger la importancia que, para los estudios léxicos, tiene el establecimiento de los campos semasiológicos, (16), no prescindimos tampoco de la tesis de Feller, según la cual «le problème est double: il faudrait partir du mot pour aboutir à la pensée (sémantique), et partir de la pensée pour aboutir aux mots (onomasiologie)», (17). Este último proceso viene muy ligado al desarrollo histórico de la palabra en cuestión, y engloba toda una serie de mecanismos lógico-semánticos en virtud de los cuales el hablante ha puesto en relación la idea o el concepto que tiene necesidad de comunicar con una forma lingüística casi siempre pre-existente en otras áreas léxicas; esos significantes preexistentes, con la adición del grupo de voces específicas, van formando el «corpus» léxico, conforme a unas directrices cuya importancia ya fue resaltada por Cassirer, al tiempo que propugnaba una clara metodología de investigación: «para comprender el lenguaje no hay que detenerse en sus formas, sino buscar la ley interna de su formación», (18), y más adelante: «No se puede más que probar a subir, por una conclusión regresiva, de lo formado al principio formador, de la *forma formata*, a la *forma formans*», (19).

Este es, realmente, el proceso que nosotros deseamos conocer, con interés preferente, por cuanto él nos va a permitir el descubrimiento del hombre que lo llevó a cabo; pero si esto es posible lo es solamente en virtud de que nos hemos situado en una perspectiva panocrónica, ya desde el principio, y de que ya se ha trascendido la pura estructura lingüística, con lo cual creemos haber salvado los escollos denunciados por Rafael Lapesa al escribir: «Aun admitiendo que la mentalidad de los hablantes determine su lengua, la afirmación recíproca no siempre resulta verdadera, como ha hecho notar Terracini, no siempre vale tomar la estructura de una lengua dada como punto de partida para deducir la menta-

(15) KURT BALDINGER: Art. cit., pág. 257.

(16) KURT BALDINGER: Art. cit., pág. 255.

(17) Apud KURT BALDINGER: Art. cit. pág. 272.

(18) E. CASSIRER: «El lenguaje y la creación del mundo de los objetos». Traducción de Manuel Muñoz Cortés.—Escorial, Madrid, 1947, págs. 231-263, la cita en la pág. 235.

(19) E. CASSIRER: Art. cit., pág. 236.



lidad de quienes la hablan en un momento concreto, porque en la lengua se conservan huellas de formas mentales anteriores», (20). Nos aproximamos, de esta manera, a un concepto metalingüístico muy antiguo, pero todavía hoy aprovechable, y por ende digno de ser revitalizado, especialmente si no queremos caer en la deshumanización de la lengua: aludimos a la «forma interior del lenguaje», entendida no al viejo modo romántico de abstracción punto menos que inaprehensible, sino con las formulaciones exactas de R. Lapesa y G. Mounin, (21). La validez científica de este planteamiento creemos que puede residir en esa conexión que establece entre la lengua y su creador el hombre, relación que es la gran ausente en las metodologías lingüísticas desde el estructuralismo acá, y que hace que sea feliz realidad el axioma de A. Alonso según el cual «una palabra nunca significa escuetamente su objeto; siempre la tensión vital entre el sujeto y el objeto», (22); esa «tensión» fue ya descrita por E. Cassirer como un proceso continuo de formación a nivel individual, (23), poco después de habernos dado la medida exacta de las posibilidades e importancia de esta metodología, (24).

Todo lo anteriormente dicho, expuesto, y creemos que demostrado, se refiere a la lingüística en general, es preciso ahora que nos constrañamos a los estudios dialectales en particular; debemos empezar diciendo que desde que Amado Alonso utilizara un área léxica hispanoamericana para la formulación de su postura acerca de la «forma interior» nadie ha vuelto sobre la cuestión, relegando todas las posibilidades que esta metodología encierra para el estudio de los dialectos a un más que injusto olvido. No por ello se puede decir que la dialectología no haya avanzado en este período de tiempo, pero sí es cierto que solamente ha perfeccio-

(20) RAFAEL LAPESA: «Evolución sintáctica y forma lingüística interior en español». *Actas del XI Congreso Internacional de Lingüística y Filología Románica*. Vol. I, Madrid, 1968, pág. 134.

(21) «La forma interior no es el contenido psíquico, sino la conformación psíquica del contenido, correspondiente a cada construcción con estructura propia». (Rafael Lapesa: *Art. cit.*, pág. 139).

Cfrs. asimismo la pág. 137, a propósito de la actualización del concepto que nos ocupa.

«Todo sistema lingüístico encierra un análisis del mundo interior que le es propio y que se diferencia del de otras lenguas o de otras etapas de la misma lengua». (Georges Mounin: *Los problemas teóricos de la traducción*, Madrid, 1971, pág. 60).

(22) AMADO ALONSO: «Americanismo en la forma interior del lenguaje», en *Estudios lingüísticos. Temas hispanoamericanos*, 2.<sup>a</sup> ed., Madrid, 1961, pág. 63.

(23) «Pues la lengua no es jamás transmitida como un ejemplo de propiedad absoluta, sino que su aproximación efectiva exige siempre todas las fuerzas del individuo. El lenguaje humano no se adquiere nunca por simple «imitación», sino que debe, en cada caso individual, ser conquistado de nuevo y de nuevo formarse» (E. Cassirer: *Art. cit.*, pág. 251).

(24) «...Reclama, por el contrario, una interpretación y un análisis que muestren que cada lengua particular contribuye a la formación de la representación objetiva y cómo procede a esa formación». (E. Cassirer: *Art. cit.*, pág. 234).



nado y ampliado sus métodos de recogida, descripción y análisis de hechos lingüísticos, pero no ha llegado a traspasar esos límites en busca de su más íntima razón de ser, pese a que, insistimos de nuevo, A. Alonso había esbozado una espléndida senda que, al menos en lo léxico, valía la pena explorar; las siguientes palabras del maestro hispanoargentino han pasado por los ojos de los estudiosos sin encontrar recipiendario: «Con qué *cómo* peculiar han cumplido esa acomodación, y que no se trata de un puro reajuste del idioma a un nuevo orden de cosas impuesto íntegramente desde fuera, sino que el nuevo orden... ha sido creado por ellos, demandado por sus nuevos centros de interés vital», (25). Algún tiempo, después R. Lapesa escribía palabras parecidas y obtenía similares resultados; decididamente la dialectología estaba convencida de que el viejo concepto de «forma interior» en nada podía serle útil; quizás el olvido general de que era objeto, debido a sus iniciales planteamientos excesivamente individualistas, y la técnica estructural que no trasciende en su análisis de lo puramente lingüístico, sean la causa de esta postergación, (26).

Todavía es posible la aplicación de esta técnica a niveles más concretos; por lo que a nuestros propósitos respecta hemos de resaltar que la perspectiva pancrónica, a la que ya hemos aludido en varias ocasiones, facilita grandemente el adentramiento en el proceso creativo que da como resultado el área léxica que pretendemos estudiar, según parece desprenderse de las siguientes líneas de Amado Alonso: «Procediendo con su interés vital, *con las experiencias acumuladas generación tras generación* y con las fantasías y apetitos que en esa organización interna del idioma hallan su expresión colectiva», (27). Lo incompleto de los planteamientos lógicos para analizar estos signos, que implican una no pequeña dosis de juicios de valor, no olvidemos lo que decíamos al principio acerca del matiz económico de la actividad sedera, de fantasía y de afectividad, según veremos después al analizar el proceso onomasiológico, lo afirmó ya A. Alonso en el trabajo citado repetidas veces, (28), y sus palabras

(25) AMADO ALONSO: Art. cit., pág. 71.

(26) «Esta cuadrícula de conceptos dirigentes, de intuiciones y valores, privativa de cada lengua, representa un modo especial de ver, imaginar, sentir y clasificar las ideas y las cosas». (Art. cit., pág. 133).

(27) AMADO ALONSO: Art. cit., pág. 63. El subrayado es nuestro.

(28) «Esos... conceptos no implican meros juicios de conocimiento, son juicios de valor». (Pág. 69).

«Además de esa guiñada económica, el paisano tiene para los animales... largas miradas fantásticas, humorísticas, afectivas, estéticas». (Pág. 75).

«Las representaciones de la fantasía tienen como un esqueleto intelectual, y los conceptos se refuerzan y se cumplen gracias a representaciones de la fantasía, siquiera sean fragmentarias y genéricas». (Pág. 76).

«Los términos... no implican meros juicios lógicos; son también juicios de valor; pero no sólo de valor económico..., sino también de valor afectivo». (Pág. 77).



tendrían plena y validez y perfecta vigencia si las refiriésemos al vocabulario que vamos a estudiar.

Queremos cerrar esta introducción metodológica con las palabras con que, posiblemente, debimos abrirla, pero sólo ahora, cuando ya sabemos lo que vamos a hacer y por qué, cobran toda su fuerza y adquieren su máximo sentido: «Algo de la historia íntima de un pueblo se puede rastrear en la historia de su lengua. Algo que medio nos descubra sus anhelos, sus luchas, sus fantasías, sus prejuicios, sus hitos, sus temores hechos forma en el lenguaje», (29). Ese algo quizás nos pueda explicar también por qué un recio hombre de nuestra huerta se emociona al hablar del gusano de seda y vibra profundamente cuando narra al investigador las faenas precisas para su crianza; por qué, en definitiva, lo siente como algo suyo.

## I. VOCABULARIO (\*)

(\*) **NOTA AL VOCABULARIO.**—Con respecto al D. R. A. E., señalamos con un asterisco si se registra la entrada, aun cuando no lo sea con el mismo contenido; con dos, si la entrada no aparece, prescindiendo de mutaciones fonéticas; se incluye la indicación de «murcianismo» (Murc.), cuando así lo hace el diccionario académico, y no indicamos nada si la entrada y el contenido vienen registrados en el D. R. A. E.

- ABOCHORNARSE\***.—Enfermar las larvas de seda por exceso de calor.
- ABORRONARSE\***.—Enfermar las larvas del conducto de salida de la seda, de tal forma que, aun teniendo sedal, no llegan a hilar.
- ALMENDRA (Murc.)**.—Capullo de seda de un solo gusano y de la mejor calidad.
- AMORTIGUADA\***.—Dícese de la hoja de morera que se ha cogido de un día para otro, y que ha perdido su lozanía.
- ANDANA**.—Cada uno de los cañizos sobrepuestos en forma de estantería, que se utilizan para la cría del gusano de seda.
- ANILLO**.—Cada uno de los músculos que conforman el cuerpo del gusano de seda.
- ARAÑIS\*\***.—Enfermedad, sin causa conocida, que suele presentarse en los gusanos de seda.
- ASOLEARSE**.—1) Vid. «Abochornarse». 2)\* Quedarse el gusano de seda bajo las hojas del «lecho».
- ATACADO\***.—Dícese del gusano de seda que no puede desecher la piel mudada tras las «dormidas», y queda aprisionado en ella.

---

(29) AMADO ALONSO: Art. cit., pág. 69.



- AVIVADOR (Murc.).**—Papel agujereado que se pone sobre la «simiente» de seda para que se suban los gusanos que se han «avivado».
- AVIVAR.**—1) Nacer el gusano de seda. 2) \* Poner la «simiente» del gusano de seda al calor para que nazca la larva.
- BAJOCA (Murc.).**—Gusano de seda que, después de muerto, se pone rígido y tieso como la vaina de una judía.
- BERRENDO (Murc.).**—Dícese del gusano de seda que tiene el color moreno, y del que contrae cierta enfermedad que le hace tomar este color.
- BOJA\*.**—Totalidad del «embojo».
- BORDE\*.**—Caña delgada con la que se orillan los «zarzos» para que no caigan al suelo los gusanos.
- BORDO\*.**—Vid. «Borde».
- BORRONICO DE HOJA\*\*.**—Hoja de morera recién nacida y muy tierna que se pone a las larvas de seda como alimento cuando son pequeñas.
- CAARSO\*\*.**—Gusano de seda muy pequeño y muy voraz que hila muy bien.
- CAGARRUTA\*.**—Excremento del gusano de seda.
- CAHARZO.**—Seda que deja el gusano en la «boja» antes de hacer el capullo.
- CAJA\*.**—Vid. «Cauza».
- CALABRES\*.**—Dícese del capullo de seda de color muy encendido.
- CAMISA.**—Piel que deja el gusano de seda tras las «dormidas», o la crisálida al salir del capullo.
- **MUDAR LA CAMISA:** Mudar la piel los gusanos de seda.
- CANTO DE LA HOJA\*.**—Dícese del que se entona durante la recolección de las hojas de morera.
- CANTOS, recoger los\*\*.**—Poner el primer «embojo» en los «zarzos».
- CANUTE (Murc.).**—Larva de seda que ha enfermado por exceso de calor, normalmente después de «recordar», quedándole la piel extendida y lustrosa, y muriendo poco después.
- CANZA\*\*.**—Vid. «Cauza».
- CAÑUTE (Murc.).**—Vid. «Canute».
- CAÑUTO (Murc.).**—Vid. «Canute».
- CAPILLO.**—Capullo de seda.
- CAPULLO.**—Envoltura de seda en la que se encierra, hilando su baba, el gusano de seda.
- CARA recordada, tener la\*.**—Haber perdido el gusano de seda el «casca-roncillo», después de «recordar».
- CASA\*.**—Capullo de seda.



- CÁSCARA (Murc.).**—Capullo de seda del que se saca el gusano muerto para hacer el filadiz.
- CASCARONCILLO\*.**—Cascaquilla de la cabeza del gusano de seda cuando se le cae.
- CASETA\*.**—Espacio que queda entre dos bloques de «embojo».
- CASITA\*.**—Vid. «Caseta».
- CAUZA (Murc.).**—Cestillo de esparto en el que se «aviva» la «simiente» del gusano de seda.
- CEBAR\*.**—Esparcir la hoja de morera sobre los gusanos de seda para alimentarlos.
- CEBO\*.**—Hoja de morera que se da como alimento a los gusanos de seda.
- COLGADO\*.**—Dícese del gusano de seda que se sube al «embojo» y no hila por haber quedado clavado en alguna pincha, o haber muerto de enfermedad.
- CORAZÓN\*.**—Parte interior del capullo de seda.
- CRESA\*.**—Postura de huevos que hacen las «palomas» de seda.
- CRUZAR\*.**—Poner el primer «embojo» en los «zarzos».
- CHAPA\*.**—Especie de capullo con muy poca seda y muy floja, de forma generalmente extendida, que fabrica el gusano bajo el «lecho», y que suele contener muerta la crisálida.
- DESCABEZAR\*.**—Romper el gusano de seda, cuando nace, la cascaquilla de la «simiente».
- DESEMBOJADERA.**—Vid. «Desembojadora».
- DESEMBOJADORA.**—Operaria que entresaca el capullo de seda del «embojo».
- DESEMBOJAR.**—Quitar el capullo de seda del «embojo».
- DESEMBOJO\*\*.**—Acción de «desembojar».
- DÉSLECHAR (Murc.).**—Quitar el «lecho».
- DESLECHO (Murc.).**—Acción de «deslechar».
- DESNUDO\*.**—Dícese del gusano que después de haberse despojado de la última piel, fuera o dentro del capullo, que deja abierto por una punta, se sale de él y queda hecho ninfa entre el «lecho», o debajo del «embojo».
- DORMIDA.**—Letargo del gusano de seda.
- DORMIR\*.**—Aletargarse el gusano de seda.
- DE LA UNA, DE LAS DOS, DE LAS TRES O DE LAS CUATRO: Referencia a cada una de las ocasiones en que el gusano se aletarga antes de hacer el capullo.
- EMBOJAR.**—Poner el «embojo» en los «zarzos».



- EMBOJO.**—Conjunto de matas y leñas finas que se ponen en los «zarzos» para que los gusanos se suban a él a hacer el capullo.
- EMPAREJAR\*.**—Procurar igualar el desarrollo de los gusanos, mediante la adecuada distribución de los «cebos».
- ENCASILLAR\*.**—Poner el primer «embojo» en los «zarzos».
- ENRAIGONAR (Murc.).**—«Embojar» con raigones o atochas.
- ESMUÑIR (Murc.).**—Correr la mano por las ramas de la morera para coger sus hojas.
- ESTACIÓN.**—Tiempo que transcurre entre dos «dormidas» del gusano de seda.
- FLAUTO (Murc.).**—Vid. «Pito».
- FRAILE (Murc.).**—Parte superior del «embojo».
- FREZA.**—Tiempo en que el gusano de seda está comiendo, desde que «recuerda» de una «dormida» hasta la siguiente.
- GARROFETA\*.**—Gusano de seda que queda rígido tras la última «dormida», y muere poco después.
- GAVETA (Murc.).**—Anillo de hierro, o lazo de cuerda, que se pone en la pared de la casa para asegurar los «zarzos».
- GORRON.**—Dícese del gusano de seda que se arruga y queda pequeño, inutilizándose para hilar.
- GRANITO (Murc.).**—Huevecillo del que nace el gusano de seda.
- GUSANO\*.**—Por antonomasia, el de seda.
- HILADOR\*.**—Dícese del gusano de seda que hace normalmente su capullo.
- HILAR.**—Formar capullo el gusano de seda.
- HOJA\*.**—Por antonomasia, la de la morera que se da como alimento al gusano de seda.
- **PELAR HOJA:** Arrancar la hoja de la morera para darla como alimento al gusano de seda.
- HORADADO.**—Dícese del capullo de seda agujereado por los lados.
- JARCIA\*.**—Conjunto formado por los «zarzos» y los demás utensilios que se emplean en la crianza del gusano de seda.
- JUDAS.**—Vid. «Colgado».
- JUGADA DE CANUTES\*.**—Conjunto muy numeroso de «canutes».
- LANDREADO\*\*.**—Dícese del gusano que se vacía y extenua al hacer el capullo, que puede resultar de gran calidad y abundancia de seda, o por el contrario «chapa».
- LECHO\*.**—Conjunto de hoja de morera seca y excrementos de los gusanos de seda que se amontonan en los «zarzos».



LÍA.—Cuerda trenzada de esparto curado y picado con que se sujetan los «zarzos» a las «andanas».

LISTA DE HOJAS\*.—Montoncito de hoja de morera que se pone al pie de los pilares que sujetan los «zarzos», a todo lo largo de las «andanas», para que los gusanos que se caen de lo alto den en blando y no se revienten.

LUCIO\*.—Vid. «Canute».

MEONA\*.—Gusano de seda que se revienta y vacía por el ano.

MONA (Murc.).—Gusano de seda que se queda blanco y rígido tras las «dormidas», careciendo de seda.

— MONA CLARA\*\* : Vid. «Mona».

— MONA COLORADA\*\*\* : Gusano de seda afectado por una enfermedad, de origen desconocido, que lo deja de color rojizo y muere bajo el «lecho».

MONJA\*.—Vid. «Fraile».

MORERA.—

— CASTELLANA\* : En la provincia de Alicante, «macocana».

— CRISTIANA\* : Vid. «Fina Mollar».

— DE DOÑA LUCÍA : Variedad de hoja menos lozana que la «macocana», poco frecuente en la zona estudiada.

— DURA : Vid. «Fuerte».

— FINA CRISTIANA\* : Vid. «Fina Mollar».

— FINA MOLLAR\* : Variedad de morera de hoja muy blanda y fina; es la mejor para el gusano de seda.

— FUERTE\* : Variedad de morera de la cual se sacan los injertos de las primeras hojas del vástago; su hoja es particularmente difícil de coger.

— MACOCANA\*\* : Variedad de morera de hoja muy abundante y basta; es la peor para el gusano de seda, y su recolección dificultosa.

— MOLLAR\* : Variedad de morera de hoja muy fina y liviana, de abundante savia.

— NATURAL\* : Dícese de la morera que no está injertada.

— PUNTA DE LANZA\* : Dícese de la morera que se injerta con las últimas hojas del vástago, y se conoce en que tiene sus hojas más puntiagudas que las demás variedades.

— VALENCIANA\* : En la provincia de Murcia, «macocana».

MORTAJA\*.—Último «embojo» que se pone sobre los «zarzos» a fin de que hilen los gusanos de seda más rezagados.



- MUDA\***.—Acción de «mudar».
- MUDAR\***.—Limpiar el «lecho» a los gusanos de seda.
- NEGRO\***.—Vid. «Caarso».
- NINFA**.—Gusano de seda cuando está convirtiéndose en crisálida dentro del capullo.
- OCAL**.—Dícese del capullo de seda formado por dos o más gusanos juntos.
- OVARSE\***.—Ponerse de color blanco la «simiente» del gusano de seda, cuando está a punto de nacer la larva.
- PALOMA\***.—Mariposa de la seda.
- PANECITO\***.—Conjunto de gusanos recién «avivados» que se colocan sobre un papel antes de ponerlos en las «andanas».
- PARADA\***.—Parte del «embojo» que atraviesa todo el «zarzo».
- PARETÓN\***.—Parte del «embojo» que se apoya en la pared.
- PASEANTE\***.—Gusano de seda que enferma y deja de comer, moviéndose continuamente por los «zarzos».
- PEDIR BROZA\***.—Dar muestras los gusanos de querer empezar a hilar el capullo.
- PEQUICA\***.—Mancha oscura que tienen los gusanos de seda en el hocico mientras están aletargados.
- PESCAR\***.—Coger y separar los gusanos de seda «sapos» para extraerles la hijuela.
- PILARILLO**.—Varas o cañas, verticalmente colocadas, a las que se atan los «zarzos» de las «andanas».
- PINTA DE CEBO\***.—Pequeña cantidad de hoja de morera que se esparce sobre los gusanos de seda para poder quitarles el «lecho».
- PITO (Murc.)**.—Capullo de seda abierto por una punta.
- PLANTAR A HECHO\***.—Hacer bancales de morera.
- PLANTÓN BORDE\***.—Morera sin injertar.
- REBOJAR\*\***.—Volver a poner «embojo» para que hilen los gusanos de seda rezagados.
- REBOLOTÍN\*\***.—Vid. «Rebrotín».
- REBROTÍN\*\***.—Segundo brote de las moreras.
- RECOGIDO\***.—Dícese del gusano de seda que se rezaga mucho al hilar, manteniéndolo alimentado en un rincón del «zarzo».
- RECORDAR\***.—Despertar de los letargos los gusanos de seda.
- RETALERA\*\***.—Manta hecha con retales con la que se cubren los «zarzos».
- REVOLOTEAR**.—Batir las alas la crisálida del gusano de seda.



- REVOLOTÍN\*\*.—Vid. «Rebrotín».
- ROCADOR\*.—Capullo de seda agujereado.
- SÁBANA DE COGER HOJA\*.—Red de esparto, de forma ovalada, que se usa para transportar la hoja de morera desde el árbol hasta el lugar en que se crían los gusanos de seda.
- SACADA\*.—Porción de gusanos de seda que nacen al mismo tiempo.
- SACAR GUSANOS.—«Avivar» la «simiente» del gusano de seda.
- SAPO\*.—Vid. «Zapo».
- SEDERA.—Operaria que se dedica a las tareas propias de la crianza del gusano de seda.
- SEDISTA\*\*.—Dícese del gusano de seda del que se obtiene un óptimo resultado.
- SEPULCRO\*.—Vid. «Casa».
- SIMENTAR\*.—Poner huevecillos la mariposa del gusano de seda.
- SIMIENTE\*.—Huevecillos de donde nacen los gusanos de seda.
- TROMPETA\*.—«Ocal» que presenta una forma similar a la de este instrumento.
- VIRAO\*\*.—Dícese del gusano de seda que tiene el cuerpo moteado de manchas negras.
- VIRUELA\*.—Enfermedad que deja rígidos a los gusanos de seda.
- VOLOTEAR\*\*.—Vid. «Revolotear».
- ZALEFA\*\*.—Zamarra de cordero en la que se envuelve la «cauza».
- ZAPO (Murc.).—Gusano de seda que enferma poco antes de «embojar», poniéndose pálido y arrugado; tiene seda, pero no fuerza suficiente para hilar.
- ZARANDA\*.—Criba grande, con los aros de madera, y de otro material sin agujeros el suelo, en la que se ponen los gusanos de seda cuando son todavía pequeños.
- ZARCERA\*.—Abertura en la pared exterior de las casas para poder meter y sacar de canto los «zarzos», antes y después de la cría de los gusanos de seda.
- ZARZO.—Tejido de cañas en el que se ponen los gusanos de seda para su cría.
- ALTERO\*\*: El situado en la parte superior de la «andana».
  - ALZAR LOS ZARZOS\*: Desmontarlos de las «andanas» después de haber criado los gusanos de seda.



## II. SEMASIOLOGIA

Una vez que ya tenemos definitivamente establecido el «corpus» léxico sobre el que hemos de operar, procederemos a realizar un estudio de los contenidos de cada una de las voces, intentando una agrupación de las mismas en orden a aquéllos.

Evidentemente estas agrupaciones van a ser estudiadas dentro de ese «continuo de contenido léxico» que para Coseriu constituye el campo semántico, (30), en este caso el relativo al mundo de la crianza del gusano de seda, mientras que los contenidos serán organizados por sus rasgos distintivos. Obtendremos por esta vía una panorámica de cómo está estructurada lingüísticamente en lo que al vocabulario se refiere, esa parcela concreta de la actividad del huertano, realidad extralingüística. El establecimiento de la articulación del campo léxico, concepto emparentado con la humboldtiana articulación de la lengua, conocida por el hablante aunque no de una manera consciente, (31), es el objetivo principal de esta parte de nuestro trabajo.

1.—El primer grupo de significados que debemos estudiar es el relativo al cultivo de la morera, árbol de cuyas hojas se alimenta el gusano; se trata de una actividad agrícola, pero es parte importante del vocabulario de la seda, por cuanto la razón fundamental de su existencia se orienta en función del propio gusano. Los significados de esta parcela léxica son encuadrables en tres ejes:

a) *Variedades del árbol*.—En este campo de designaciones hay que distinguir dos partes muy marcadas: Una primera está integrada por aquellas voces que pertenecen al vocabulario técnico y que, por lo tanto, carecen de una estructuración propiamente lingüística: *delgada, de doña Lucía, natural, punta de lanza*. No se trata, en definitiva, más que de un nomenclator alusivo a las características morfológicas del vegetal, y en solamente un caso, *de doña Lucía*, con una referencia al origen de la variedad.

La parte más significativa, desde el punto de vista lingüístico, es aquella que hace referencia a la valoración que el huertano hace de las moreras; las variedades así clasificadas lo son positiva o negativamente, pero siempre teniendo como punto de referencia su rendimiento o su grado de aceptabilidad por parte del animal que la consume. Es curioso constatar cómo las designaciones de valoración, tanto positivas como nega-

(30) Cfrs. HORST GECKELER: *Semántica estructural y teoría del campo léxico*, Madrid, 1976, pág. 232.

(31) HORST GECKELER: Op. cit., pág. 145, con cita de Schwarz.



tivas, giran en torno a dos lexemas, *mollar* y *macocana*, respectivamente, definiéndose los demás miembros del área, *crístina*, *finá crístiana*, *finá mollar*, de una parte, y *dura*, *fuerte*, *castellana* y *valenciana* de otra, por referencias muy directas, a veces se trata simplemente de variantes locales, a los dos lexemas centrales.

El dato lingüístico de mayor interés puede ser la constatación de que la morera se clasifica en función de su hoja, según los esquemas expuestos anteriormente, prescindiendo del siempre secundario aprovechamiento de que es objeto el tronco y el fruto (su madera sólo es utilizada para algunos elementos del mobiliario más rústico, mientras que las moras se le suelen dar a las aves de corral como alimento supletorio, y aunque a veces las comen las personas, nunca son objeto de transacciones comerciales).

b) *Ciclo vital del árbol*.—En el presente trabajo nos vamos a limitar al estudio de aquellas voces que son exclusivas o privativas del cultivo de la morera, prescindiendo de todas aquellas otras que pertenecen al vocabulario agrícola general de la zona; de esta forma creemos no traspasar los límites del campo léxico que nos hemos propuesto estudiar, para adentrarnos en otras zonas colindantes del vocabulario.

De nuevo hay que indicar que es la rentabilidad el principio rector de los contenidos semánticos de estas voces, siempre desde la perspectiva del gusano de seda, única justificación existente para que se atienda al desarrollo y cuidado de un árbol cuya abundante sombra es claramente perjudicial para los cultivos colindantes, al margen de lo mucho que esquilma la tierra. La aceptación de estos inconvenientes, y la posible superación con un bien mayor, se patentizan lingüísticamente en el sema de voluntariedad que aparece en *plantar a hecho*, siendo suficientemente significativo el grado cero del antónimo, origen de una laguna en la estructura conceptual.

Una situación estructural muy similar presenta la lexía compleja *plantón borde*, pues carece también de antónimo en este campo léxico de la seda, aun cuando exista en el vocabulario agrícola general; en esta ocasión el término que se destaca es el no marcado de la oposición *borde/injerto*. De esta forma observamos cómo en la estructura léxica del campo se destaca un nuevo elemento en función de la utilidad posterior, aun cuando el miembro destacado sea, contrariamente a lo que hemos visto en *plantar a hecho*, el que contiene el sema de la «inutilidad» cara al proceso productivo de la seda, dado que la morera ha de ser injertada de alguna de las variedades ya conocidas, para que sus hojas sirvan de alimento adecuado al gusano de seda.



De cuanto llevamos escrito hasta el momento se puede suponer, acertadamente, que ha de ser el desarrollo de la hoja, el aspecto léxico más importante de todo el ciclo vital del árbol, ya que aquella es el único elemento que desempeña una función cara al resultado final de la producción sedera. En virtud de un proceso antonomástico, que estudiaremos al hacer el planteamiento onomasiológico, con el lexema *hoja*, sin necesidad de ningún otro tipo de determinación, se alude a la de la morera; desde un punto de vista estructural podríamos decir que ocupa la posición archilexemática, por cuanto es el término genérico que subyace a todas las demás designaciones, el inespecífico que no presenta ningún sema relativo a variantes cronológicas de su desarrollo, pero en el que van enroladas todas las demás. *Amortiguada*, *borronico de hoja* y *rebrotón*, con las que a título provisional podemos considerar como variantes suyas *rebolotón* y *revolotón*, completan el eje de las designaciones para la hoja de morera; mientras las dos primeras se ordenan entre las variantes positivamente valoradas, en el sentido de ser la hoja que en determinados momentos es necesario suministrar a los gusanos, la tercera tiene una clara nota de inutilidad para la crianza del gusano de seda; de alguna manera es el factor tiempo el que está cambiando en cada una de estas designaciones: en las dos primeras en función del animal que en cada período de su vida necesita una hoja distinta, y en la tercera el de la propia hoja, tardíamente brotada y por ello inútil.

c) *Acciones humanas*.—Sin salirnos del área léxica relativa a la agricultura de la morera, vamos a estudiar ahora dos lexías, una simple y otra compleja, que hacen referencia a la acción que podemos definir como puente entre lo estrictamente relacionado con el desarrollo vital del árbol, y la finalidad para la cual se cultiva; nos estamos refiriendo al hecho de separar la hoja del árbol, contenido semántico de la lexía compleja *pelar hoja*, que ocupa una posición archilexemática, o de término genérico para esta acción, respecto de la lexía simple *esmuñir*, que añade al contenido un sema de modalidad, de forma correcta de llevar a cabo la acción. Parece bastante claro que en esta zona del léxico se da una condensación de las situaciones anteriores, por cuanto los planteamientos expuestos en los epígrafes a) y b) están orientados a la consecución de este resultado final.

Por la trascendencia que la vamos a ver adquirir a partir de este momento conviene que hagamos alusión aquí a un rasgo que se destaca en el lexema *esmuñir*: se trata de la habilidad manual con que es necesario llevar a cabo la acción, ya que se realiza sin el concurso de ningún instrumento, para no herirse con las varas del árbol, ni estropear en demasía las hojas. Este rasgo, cuya existencia constatamos aquí por vez primera,



irá haciéndose patente, y aun consolidándose, como elemento imprescindible en todas aquellas voces que hacen alusión a las manipulaciones a que hay que someter al gusano de seda a lo largo de su ciclo vital. De esta característica, precisamente, emanará una de las notas definitorias del cultivo de la seda: su carácter artesanal, cuyo reflejo en el vocabulario va a ser la presencia de este sema como constante en las acciones a las que aludíamos arriba.

Como realidad concomitante a las que acabamos de estudiar, pero formando una isla dentro de la estructura léxica que nos ocupa, hay que citar el *canto de la hoja*, acción que nos sitúa ya en los mismos límites del campo léxico de la seda, lindando ya con el folklore.

Podemos, pues, concluir que el rasgo dominante y característico de esta parcela del vocabulario sedero es la orientación constante hacia ese único fin, que es el mejor desarrollo del gusano de seda, lo cual puede ser suficientemente significativo en una comunidad de economía fundamentalmente agrícola como la del sureste peninsular.

2.—El segundo campo de significaciones que vamos a analizar es el relativo a las características morfológicas del gusano de seda. No se trata, ciertamente, de un número amplio de voces las que el huertano emplea para designar los distintos elementos de la morfología del animal, pero, en su parquedad, es suficientemente significativa de sus preocupaciones y de sus intereses la elección que hace de los ejes ordenadores de esta parcela léxica.

Una situación idéntica a la que hemos visto en el apartado anterior para el antonomástico *hoja*, registramos ahora para *gusano*, no sólo en la antonomasia, sino también en ocupar la posición de archilexema que agrupa a todas y cada una de las designaciones que hacen referencia a las variedades del animal. Sin presuponer lo que después diremos al hablar del proceso onomasiológico, haremos mención de un dicho popular en el que se puede apreciar con toda nitidez esta doble antonomasia: *el que tenga gusano que pele hoja*, en el que, utilizando como referente nociones implicadas en el mundo de la seda, se alude a la necesidad de que cada cual resuelva los asuntos de su incumbencia.

a) Las designaciones de los tipos de gusanos de seda no responden, en su estructura, al planteamiento de una nomenclatura científica, basada en voces estrictamente técnicas, al menos en boca de los criadores de gusanos; los tecnicismos de este campo no van más allá de los límites del personal especializado, dependiente de las fábricas. El huertano clasifica los gusanos según nociones que él tiene más a la vista: la apariencia



externa del animal y el mayor o menor rendimiento que obtiene de él. Así, responden a la primera clasificación citada *virao* y *negro*, a usivos a los matices cromáticos del gusano, mientras que el resto de los términos del área, *hilador*, *sedista* y *caarso*, responden claramente a una perspectiva económica, por cuanto tienen presente la calidad del animal para ofrecer un mayor beneficio. Ambas perspectivas, la apariencia externa y la mayor utilidad, confluyen en la pareja sinonímica *caarso-negro*, que cubre las designaciones con que se conoce a un solo y mismo tipo de gusanos. Creemos que es de necesidad resaltar aquí el contraste existente entre este último eje de designaciones y el grupo de voces que se refieren a las enfermedades o procesos anormales que sufren las larvas de seda, y que estudiaremos más adelante, por cuanto en el que estudiamos ahora es casi inexistente el análisis de las razones, limitándose a la exposición de los hechos que pudiéramos considerar como normales.

b) Una estructura muy similar a la que acabamos de describir sostiene las designaciones relativas a las partes o elementos de la anatomía del animal: una como leve concesión a la experiencia sensorial en *anillo*, destacando quizás lo más apreciable de la presencia externa del gusano, y después tres voces cuya importancia, más que en las relaciones entre ellas, habida cuenta de que sus diferencias de contenido lingüístico no son sino fidelísimo reflejo de diferencias realmente existentes, reside en que son una prueba evidente de que el huertano abstrae todas aquellas nociones que carecen de utilidad práctica para él, prescindiendo de ellas en el planteamiento lingüístico. Estas voces son: *camisa*, *cascaroncillo* y *pequica*; las dos primeras aluden a realidades que se presentan en los momentos más delicados de la vida de los gusanos, tras las *dormidas*, y se refieren ambas a la piel mudada, proceso al que conviene estar muy atento, so sólo porque hay que alimentar de nuevo a las larvas, sino también porque es necesario evitar que se produzcan *atacados*, al no poderse desprender bien los gusanos de la vieja piel; la diferencia entre *camisa* y *cascaroncillo* es puramente de nomenclatura, al referirse la primera voz a la piel del cuerpo y la segunda a la de la cabeza. El tercer término va referido también a una realidad importante en la crianza del gusano de seda: las *dormidas*; a través de esa *pequica* el huertano advierte que la larva se encuentra en alguno de sus cuatro períodos de letargo, durante los cuales cesa de comer.

Al terminar el estudio de esta parte de nuestro vocabulario podemos hablar, como conclusión parcial, de cómo, paralelamente a lo que en el área de la agricultura era ordenación hacia el consumo del producto por parte del gusano, ahora está la mirada puesta en el rendimiento final de la larva, y en aquellos momentos cruciales para la obtención de un



mayor beneficio, con el aditamento de algunas nociones basadas en la experiencia sensorial, de escasa importancia lingüística por haber quedado prácticamente aisladas.

Con este epígrafe terminamos el estudio de dos zonas límite del campo léxico de la seda, la primera se aproxima al estrictamente agrícola, del que quizás pueda considerársele como integrante, mientras la segunda mantiene idénticas distancias con el zoológico, aunque en ambos casos es evidente, y en razón de ello se han incorporado aquí las voces anteriormente estudiadas, que han sido objeto de abstracciones y reorganizaciones muy concretas para integrarse en este campo lingüístico.

3.—El área léxica más importante de cuantas se integran en el campo conceptual de la seda es, sin lugar a dudas, la que ampara aquellas voces referentes al ciclo o desarrollo vital del gusano. Esta afirmación es válida incluso desde una perspectiva estrictamente lingüística, por cuanto ocupa una buena parte de la zona medular de este vocabulario, sin concomitancias o confusiones con campos limítrofes. Por otra parte, no podemos olvidar que las acciones humanas más importantes y decisivas se producen, precisamente, en torno a este ciclo vital de la larva, lo cual supone que el vocabulario correspondiente a la acción humana tiene también aquí su mayor expresión.

En esta zona léxica el elemento «tiempo» es el dominante, ya que con su transcurso se van produciendo las distintas etapas de este ciclo vital, variando en función de ellas los tipos de acciones que el hombre ha de llevar a cabo; por ello es posible considerar el tiempo como eje central, desarrollándose en su devenir dos tipos de acciones: la animal, que no es sino el cumplimiento de su propio desarrollo orgánico o vital, y la humana, que surge como respuesta continua al estímulo que puede suponer la primera; de alguna manera, como ya anunciábamos al principio, las acciones del hombre no pueden ser consideradas como primarias, en el sentido de ser ellas quienes vayan marcando los hitos del proceso, sino que no pasan de ser subsidiarias, impuestas por los acontecimientos de la vida del gusano de seda. En razón de lo anteriormente expuesto nos parece lo más indicado presentar en primer lugar las acciones que son previas, las del animal, y después las humanas, haciendo subdivisiones cronológicas.

a) Poco antes de nacer la larva del gusano de seda, se dice que la *simiente* empieza a *ovarse*, a cambiar de color: es el primer síntoma de que el ciclo vital de la larva va a dar comienzo, y es el momento de que los criadores preparen la *jarcia*. Desde el punto de vista semasiológico hay que destacar en *ovarse* el sema de manifestación, de primer síntoma de que va a dar comienzo todo el proceso de la seda, mientras que en



*jarcia*, en la respuesta humana a ese estímulo, destaca el carácter colectivo, no específico, de su contenido; este término podría ser considerado como el correlato, en el mundo de los criadores de seda, de lo que para el agricultor son los aperos. En este mismo orden de cosas, y como designación genérica de la operaria que se contrataba para ayuda del sericicultor en todas aquellas faenas que hay que llevar a cabo en el proceso de crianza del gusano de seda, aparece el lexema *sedera*. En el plano de la pura acción humana el paralelo de *ovarse* es *sacar gusanos*, cuyo sema central podría ser el de la actividad humana coadyuvante al proceso; ya hablábamos anteriormente de este carácter de las acciones del hombre en este proceso de la seda: en la mayoría de los casos no se trata de acciones definitivas cara al resultado final, sino solamente complementarias, capaces de mejorar o empeorar los resultados finales, pero estos nunca dependen exclusivamente de estas acciones.

b) Tras esta etapa, que pudiéramos considerar como preliminar, comienza realmente el ciclo vital de la larva. Desde el punto de vista de la acción humana, el puente entre ambas podría estar en el significado de *avivar/2*, que se refiere a la ayuda que el hombre puede prestar en concreto en el lapso de tiempo que media entre *ovarse* y *avivar/1*; este último término ocupa una posición archilexemática, se recogen en él todos los semas relativos al acto de comenzar a vivir el gusano, mientras que *descabezar*, sería uno de sus lexemas subyacentes, alusivo a uno de los hechos concretos que tienen lugar en ese momento, e incluso, si se quiere, el principal, y *cascaroncillo* el objeto de dicha acción. En el eje de las acciones humanas encontramos *emparejar*, voz cuyo contenido semántico es, nuevamente, una derivación del factor «tiempo», por cuanto es él el primer causante de las diferencias que se tratan de corregir con la acción humana, aplicándose directamente sobre la *sacada*; la realidad fruto de esa acción es *panecito*, cuyo contenido semántico coincide con el primer efecto de la acción de *emparejar*.

En el plano de los instrumentos utilizados por el sericicultor en estas primeras etapas de la andadura biológica del gusano, nos encontramos con *avivador*, *zaranda* y la tripleta de sinónimos *caja-cauza-canza*. El primero de los citados, junto con *cauza*, sería encuadrable en la primera etapa, mientras que el segundo entraría ya en la b), y se opone a *zarzo* en razón, precisamente, de la etapa del desarrollo larvario en la que se utilizan ambos objetos. Parece claro que los contenidos léxicos de estas voces no están ordenados en virtud de una estructuración propiamente lingüística, sino atendiendo a diferencias, realmente existentes, entre los distintos tipos de operaciones que el hombre necesita llevar a cabo, y de los distintos objetos de que se ha de valer para mejor cumplir su cometido; nos acerca-



ríamos, quizás, con ello más a lo que debería ser un vocabulario técnico, o nomenclator. Pese a ser cierto esto, es necesario aclarar que la verdadera estructuración lingüística creemos que puede hallarse no a nivel de lexemas, ni siquiera de semas, sino en los ejes ordenadores de estos contenidos, en torno a los cuales se sitúan las distintas voces. En este caso ya hemos dicho arriba que podía ser el tiempo, de modo paralelo a como, en el área léxica de lo agrícolico, era la utilidad.

c) El archilexema, por el cual se definen todos los aperos y acciones que es necesario llevar a cabo en la etapa inmediatamente siguiente, es *zarzo*. Se trata de las voces que hacen referencia al habitat del gusano durante todo el proceso de su crianza, y éste es, en la realidad, el *zarzo*, aun cuando no esté en forma aislada, sino formando *andanas*, utilizándose para su construcción las *lias*, las *gavetas* y los *pilarillos*; como complementos de ellos habría que considerar *lista de hojas*, *zarcera* y la *pareja bordo/borde*, mientras que *zarzo altero* señala concretamente a uno de ellos, y a la operación completa de prepararlos le corresponde el significante *alzar los zarzos*. La oposición que hemos señalado arriba entre *avivador* y *cauza*, por una parte, y *zarzo*, en el otro eje temporal, se reproduce de nuevo entre *zalefa* y *retalera*, respectivamente. Es obvio que esta parcela del léxico es la más estrictamente técnica de las que llevamos vistas hasta ahora; su estructura es la menos lingüística. En contraposición, en ella aparecen con bastante nitidez los rasgos de ese pragmatismo que caracteriza a toda la crianza del gusano de seda como actividad económica.

d) Una vez que los gusanos ya han sido trasladados a las *andanas*, y antes de que dé comienzo el proceso final, que es el que termina con la obtención del *capullo* de seda, hay un lapso de tiempo durante el cual tiene lugar la mayor parte del desarrollo vital del gusano. Es un período de tiempo de acciones repetidas sucesivamente, siendo otra vez el gusano, como en la etapa anterior, el desencadenante de ellas. El eje léxico en torno al cual se van a agrupar ahora todas las significaciones es el de «letargo vs. actividad», o lo que es lo mismo en el plano lexemático, *dormida* vs. *freza*. Cada una de estas dos voces tiene en torno de ella una pequeña parcela de significaciones: *dormir*, que representa la acción, *recordar*, su antónimo, *cara recordada*, alusiva al síntoma que aparece; como acción colindante, referida a la mutación anatómica que se lleva a cabo cada vez que se produce la *dormida*, habría que considerar *mudar la camisa*, con forma de lexía compleja, mientras que la simple *camisa* va referida a la anatomía del gusano, pero sólo en tanto en cuanto es objeto de cambio en las *dormidas*. En torno a *freza* podemos encuadrar su casi sinónimo *estación* (la diferencia entre ambos radica en que mien-



tras el primero contempla el tiempo en función de la actividad fisiológica del gusano, el segundo prescinde totalmente de esta consideración; habría entre ellos, pues, un rasgo de funcionalidad temporal), y *cagarruta*, voz así mismo relacionada con esa actividad fisiológica del gusano a la que aludíamos arriba.

El plano de las actividades humanas de esta fracción temporal está también estructurado en torno a dos significaciones: *lecho* y *cebo*. A este respecto no debemos olvidar que las dos atenciones principales que requiere el gusano, y que de alguna manera pueden ser totalmente satisfechas por el hombre, son la limpieza y la alimentación, la tercera de estas necesidades, la ambiental, no está únicamente vinculada a la actividad humana, siendo el factor principal el climático, y muy someras las rectificaciones que en él puede imprimir el hombre. En base a *lecho* hay que definir la acción de limpiarlo, representado por una pareja de sinónimos *deslecho* y *muda*, y por sus respectivos verbos, *deslechar* y *mudar*. Respecto del otro elemento, *cebo*, encontramos una especificación del mismo, entroncada con él en virtud de una cuantificación, *pinta de cebo*, de la que no está ausente un rasgo modal de habilidad; existe también, como en el caso anterior el término que expresa el hecho verbal: *cebar*.

e) La última etapa del período larvario, aunque no del ciclo vital del gusano de seda, comienza tras la última *dormida*, cuando al animal deja de comer y empieza a prepararse para formar el capullo. Contrariamente a lo que hemos visto en párrafos anteriores, la estructura léxica más densa es la correspondiente a la actividad humana, aun cuando ésta sea, como en ocasiones precedentes, una respuesta a los estímulos presentados por la propia larva. El centro de este campo de significaciones está ocupado por la del lexema *hilar*, que ocupa una posición archilexemática, mientras que *pedir broza* recoge rasgos de índole cronológica, es anterior en el tiempo y el valor de síntoma que, como en casos anteriores, se orienta hacia la provocación de la actividad humana. En lo que se refiere a esta actividad humana, y a las realidades en que se concreta, el centro del campo de significaciones está ocupado por *embojo* y *embojar*; en torno al primero cabría agrupar *boja*, en un eje cuantitativo y globalizador, *fraile* y *monja*, alusivos a la forma externa que adopta el *embojo*, y *caseta*, *casita*, *parada*, *paredita* y *paretón* que concretan la significación del archilexema con determinaciones de índole espacial. En torno a *embojar* situaríamos las significaciones de *recoger los cantos*, *cruzar* y *encasillar* en un eje cronológico, mientras que *enraigonar* estaría relacionado con la materia empleada para llevar a cabo la acción.

Un segundo bloque de significaciones dentro de esta misma área mantendría con el anterior unas relaciones de tipo cronológico; aquellos gu-



sanos que se rezagan excesivamente a la hora de *hilar* son conocidos con el nombre de *recogidos* y a ellos se les dedican una serie de cuidados especiales. Las acciones humanas que se corresponden a esta actuación retardada por parte del animal son, en orden cronológico: *rebojar*, unido al ya citado *embojar* por unnexo claramente reiterativo, y *mortaja*, lexema con el que se designa la que pudiéramos considerar última intenciona, por parte del sericicultor, de que la larva cumpla con normalidad su ciclo.

El fin de este ciclo vital es la elaboración del *capillo* por parte del gusano, área léxica que estudiaremos no en este momento, sino desde la perspectiva particular y propia de este resultado, no como final del ciclo. Ello, no obstante, sí que es aconsejable analizar aquí aquellas acciones humanas que se producen en el momento de dar por finalizado este ciclo vital; la razón de esta diversidad de criterios creemos que se puede hallar observando cómo este fin del ciclo se abre, si tomamos como base el resultado final que es el *capillo*, en dos perspectivas: una estrictamente biológica, cara a un nuevo ciclo, y otra puramente económica, cara a la obtención de unos beneficios, de una rentabilidad económica; sin embargo desde el plano de las acciones humanas llevadas a cabo en esta última parte del ciclo vital, encontramos que son realmente las que cierran toda la actividad humana relacionada con la cría del gusano de seda; la actividad subsiguiente sería encuadrable dentro de la industria sedera ya. La significación central de este grupo es la de *desembojar*, siendo *desembojadora* y *desembojadera* las voces que designan a quienes llevan a cabo esta acción y *desembojo* el efecto de la misma. Una vez llevada a cabo esta operación se procede a la acción de *enrastrar*, significación que está aislada de todo el resto del campo semasiológico.

4.—Hemos considerado en el epígrafe anterior el desarrollo normal de la vida del gusano de seda, pero en múltiples ocasiones esta normalidad se ve alterada, llegándose incluso a la inutilidad desde el punto de vista del rendimiento económico que se esperaba obtener. Este campo semasiológico presenta unas características muy peculiares dentro del vocabulario de la seda: en primer lugar hemos de admitir que, desde el plano de los estrictos contenidos sémicos, su grado de ordenación lingüística no es muy alto, nos hallamos muy cerca de una ordenación natural, en los límites de un vocabulario técnico; en segundo lugar es igualmente destacable la ausencia casi total de voces relativas a actuaciones humanas (la excepción es *pescar* que analizaremos en su momento), como corresponde a un área de significaciones referida a una serie de hechos en los que el hombre nada puede hacer por modificar su curso.



Del acoplamiento mutuo de estas dos características van a surgir los ejes ordenadores de estas significaciones.

Ante la imposibilidad casi total de una terapéutica que mitigue los efectos de estas enfermedades, no existe un bloque de significaciones relativas a los posibles remedios, lo cual era evidentemente presumible; pero también se refleja en lo relativo a las posibles causas: solamente aparecen lexemáticamente vivas aquellas que de alguna manera, y a fuer de evidentes, pueden ser disminuidas por el sericultor. Así aparece el calor como determinante de *abochornarse*, *asolearse 1*, y en *canute-cañute-cañuto*, mientras que podemos encuadrar en un eje de accidentes las de *asolearse 2*, *atacado* y *colgado-judas*, cada una de las cuales va referida a una circunstancia distinta, que de alguna manera el huertano tratará de evitar que se produzcan; así pinchará y romperá con un alfiler la piel del *atacado* para evitar que éste muera, o procurará que las matas para *embojar* tengan pocas pinchas o púas para no correr el riesgo de que aparezcan *colgados* o *judas*.

También puede resultar suficientemente significativo el estudio de aquellas voces que hacen referencia a los efectos que sobre las larvas tienen las diversas enfermedades. En el vocabulario murciano de la seda aparecen ordenadas en torno a dos ejes: el cambio que se experimenta en el aspecto exterior del animal y el mayor o menor grado de nulidad que representa cara al resultado económico final, sin que ello suponga en ningún momento que no sea posible encontrar el entrecruzamiento de ambos en algún lexema. En el primer eje podríamos encontrar *bajoca*, *garrofeta*, *mona*, como voces referidas a los animales, cuyo sema dominante sería el de la rigidez, mientras *viruela* designa una de las enfermedades que la producen; la distinción entre los tres lexemas referentes al gusano viene establecida en función del tiempo, por cuanto el primero de ellos se aplica cuando la nota de rigidez aparece después de muerto el gusano, el tercero tras cualquiera de las *dormidas*, y el segundo específicamente tras la segunda. Las variaciones en el color dan lugar a las diferencias entre *mona clara*, *mona colorada*, *sapo-zapo*, *berrendo* y *canute-cañute-cañuto-lucio*, un sema de intensificación cuantitativa de lugar a la lexía *jugada de canutes*. Las modificaciones de los tamaños están presentes en *gorrón* y *sapo-zapo*, mientras que una anomalía en su modo de actuar es la determinante en *paseante*.

Muy directamente vinculados con el resultado final, la obtención de la seda, están *aborronarse*, con sema de negación de hilar, *mona* y *mona clara*, carentes de sedal, y *sapo-zapo*, que sí tienen sedal, pero que no llegan a hacer capullo; con el fin de sacar la máxima utilidad de estos



últimos se destinaban a la obtención de la hijuela, para lo cual se les separaba de los demás y se les sometía a un tratamiento especial, la acción de separarlos se conoce como *pescar*, y representa la única actividad humana en todo el campo de los procesos patológicos de las larvas de seda.

No hemos podido encontrar descripción alguna de los contenidos sémicos de *arañís*, ni en las fuentes documentales, ni en las orales.

5.—El último campo semasiológico que nos queda por estudiar es el referido a los resultados finales del proceso de crianza del gusano de seda. Como distinción de base de este conjunto léxico hay que atender a dos aspectos: el beneficio económico, de una parte, y de otra, aquellas voces que se incluyen en la perspectiva de un nuevo ciclo vital. Las voces englobadas en el primer grupo contienen todas ellas referencias a un juicio de valor, si es que no lo son ellas mismas. Conjunto aparte hay que considerar el formado por las designaciones aplicadas a este resultado final, el *capullo*, y a su configuración o cualidades morfológicas.

El centro de este último campo de contenidos léxicos está ocupado por *ninfa*, cuyo contenido está en relación con la metamorfosis del gusano, y con la que se designa al propio animal desde la perspectiva de sus propias modificaciones. El mismo resultado final es conocido con estos cuatro sinónimos *capillo-capullo-casa* y *sepulcro*, de los que están ausentes las referencias a cualquier otro aspecto o juicio de valor. El plano de la conformación del *capullo* encuadra las significaciones de *calabrés*, en función del color, *corazón*, voz que marca la distinción entre una parte del *capullo* y el todo, y la pareja *ocal/trompeta*, alusiva a la cantidad de gusanos que han intervenido en su formación.

Las significaciones que encierran juicios de valor se engloban, lógica y lingüísticamente, en dos ejes: el positivo aparece centrado en *almendra*, mientras que el negativo admite dos niveles distintos, según el mayor o menor aprovechamiento que se puede obtener de esos *capullos*; mientras que *cáscara*, *chapa* y *landreado* suponen la no pérdida absoluta y total, la distinción de contenidos entre ellos viene dada por la utilización específica del primero para el filadiz, la baja calidad del segundo, y lo aleatorio de los beneficios en el tercero, *desnudo*, *pito*, *rocaador*, *flauto* y *landreado* significan la pérdida total del producto, teniendo todos como semas común la perforación, única u varia, del *capullo*. También contiene semas de valoración negativa el término *caharzo*, aun cuando no se refiere al resultado final propiamente dicho, sino a la seda que queda fuera de él, y cuyo valor es mínimo.



La segunda perspectiva, la que se orienta cara a un nuevo ciclo de crianza, está ordenada, como parece lógico, en función de la propia fisiología del animal; el protagonismo vuelve ahora a él, convertido en *paloma*, la crisálida. La acción de ésta no relacionada con la reproducción, *voletear*, está fijada en el orden del movimiento corporal que le es característico. La acción básica, en el orden reproductivo, es *simentar*, mientras *creta* es el acto en sí, y *simiente* o *granito* el resultado propiamente dicho.

III.—Como ya adelantábamos en la introducción del presente trabajo, una vez estudiado el aspecto semasiológico, hemos de completar el estudio con los planteamientos onomasiológicos de este vocabulario. En este aspecto nos parece del mayor interés, en este momento, atender al proceso de nominalización, de búsqueda de significantes adecuados a esos contenidos específicos, y presumiblemente nuevos, por parte de los sericultores. El análisis de este proceso de nominalización nos debe conducir a ver cómo se ha formado el área léxica que nos ocupa, de qué medios se ha servido el hombre para cubrir las necesidades que, en el aspecto comunicativo, le planteaba la nueva actividad.

Entendemos que el estudio onomasiológico ha de ser doble: debe atender, de una parte, al origen de esas voces, a su procedencia, y de otra, a cómo se ha llevado a cabo el proceso de adaptación a las nuevas realidades, en virtud de qué movimiento semántico se ha producido esa nueva ampliación de su significado originario, qué mecanismos lingüísticos ha sido necesario poner en juego para completar el mosaico de las designaciones.

Para aclarar la primera de las cuestiones planteadas, hemos agrupado las distintas voces por el área léxica a la que pensamos que pertenece, en virtud, evidentemente, de la significación de la que parece haber derivado la acepción sedera. Hemos actuado así por dos razones: En primer lugar, hemos creído que de esta forma podíamos patentizar, con mayor exactitud e idoneidad, aquellos campos léxicos de mayor importancia y trascendencia, hasta el punto de poder extenderse más allá de sus límites iniciales; el vocabulario de la seda es particularmente apto para esta finalidad, por cuanto se trata de un conjunto de voces pertenecientes a una actividad económica no heredada, sino surgida en un momento muy concreto de la historia del sureste peninsular, y agrupadas así ante la necesidad de hacer frente al reto que la nueva actividad exigía. Lo que acabamos de decir es fácilmente comprobable, basta con observar cómo la gran mayoría de las voces pertenecientes al área léxica de la sericultura no tienen como contenido originario el relativo a esta actividad, sin perjuicio de que, con posterioridad, esta significación haya pasado a



primer plano, ni de aquellos otros casos especiales que, en su momento, destacaremos. En segundo lugar hay que contar con una gran penuria de documentación histórica, sobre la problemática sedera, anterior al siglo XV; a este respecto, sólo vale la pena citar algunos párrafos recogidos por Torres Fontes, (32), y que pueden ser válidos para testificar la continuidad de la producción en la Murcia medieval, e incluso para constatar la existencia de alguna voz como «serigano», hoy total y absolutamente perdida, pero que son claramente insuficientes para intentar establecer un nexo inequívoco entre los valores etimológicos de las principales voces del área estudiada y los actualmente vigentes. Ya en Cascales, primeros años del siglo XVII, los valores semánticos de las voces en cuestión son claramente actuales, por lo que su valor, al historiar la formación del vocabulario de la seda, es muy limitado. Si a impulsos del nuevo interés que está despertando todo lo relativo a la crianza del gusano de seda, saliesen a luz documentos válidos para la investigación filológica, se podría intentar llevar a cabo esta tarea con auténticas posibilidades de veracidad.

Las razones antedichas nos han obligado también a dar un marcado carácter esquemático y provisional a nuestra opinión sobre los movimientos semánticos, en los que se ha basado la formación de este vocabulario especializado; no obstante, hemos querido exponer nuestra opinión a fin de poder ofrecer una visión onomasiológica completa, en la medida en que la documentación utilizable lo es.

Hechas ya estas aclaraciones iniciales, veamos ya cómo se distribuyen estas voces por áreas léxicas, y las causas posibles del cambio semántico.

1) Hemos de considerar, en primer lugar, aquellas voces que ya desde el principio, son originariamente sederas; dentro de ellas, cabría comenzar por aquellas derivadas de *seda*: *sedera* y *sedista* podríamos considerarlas como voces morfológicamente transparentes, en el sentido de Ullmann. De modo aproximadamente paralelo habría que considerar los casos de *hilar* e *hilador*, la segunda motivada sobre la primera, y ésta a su vez aplicable a la acción pura y simple, con independencia de quién sea su sujeto. *Caharzo*, debe ser considerado como un tecnicismo, aun cuando etimológicamente puede ser incluido en la misma área léxica de la mezcla o mixtificación. Estricto tecnicismo de raza es *calabrés*, con una clara motivación de procedencia geográfica.

2) a) Como cabe suponer, el campo de la vida animal está ampliamente representado entre las voces relativas a la seda. No obstante, es

(32) JUAN TORRES FONTES: «Producción sedera murciana en la Edad Media». *Murgetana*, XLVI, 1977, págs. 29-37.



imprescindible hacer unas precisiones aclaratorias: la mayor parte de las voces de esta procedencia han llegado al área léxica de la seda en virtud de aplicaciones concretas de su significado a este campo, sin que apenas se haya producido cambio semántico alguno; a lo sumo, podríamos hablar de un proceso de adaptación al nuevo contexto en que ha de vivir la palabra; en esta situación se encuentran voces como: *caseta, cebar/cebo, avivar/avivador, voletear, revoletear, mudar/muda, ninfa, sacada, cresa, freza, gaveta, anillo, cagarruta, dormir/dormida, pequica, recordar/cara recordada, granito*; de entre todas ellas únicamente *freza* admitiría la doble posibilidad de una procedencia vinculada estrictamente al mundo animal (en el sentido de «huella dejada por los animales»), o una relación con la base etimológica (en el sentido de «restregar, rozar»), debido a la peculiar forma de comer las larvas de seda; si aceptásemos esta segunda posibilidad, habría que incluir esta voz con las extraídas del vocabulario general. El segundo aspecto a considerar en estas voces es su escaso valor como tecnicismos zoológicos; es innegable su relación con el mundo animal, pero ninguna de ellas sobrepasa los más estrictos límites de un vocabulario general, antes de entrar a formar parte del vocabulario de la seda, donde ya adquiere un grado más de especialización.

b) Dentro de este mismo grupo de voces, hay otras que plantean otros problemas distintos: son aquellas que han llegado a designar realidades del mundo de la sericicultura en virtud de algún movimiento traslaticio del significado. Estos movimientos metafóricos, basados siempre en un aspecto o rasgo común entre su contenido primitivo y la nueva realidad a la que ha de aplicarse la voz, están representados aquí por: *cascaroncillo, sapo/zapo, ovarse, corazón*; la primera de ellas es, claramente, una metáfora formal, para explicar la última habría, quizás, que acudir a la idea del elemento central, tanto en el aspecto posicional cuanto en el estimativo, mientras que el color sería determinante en *ovarse*. Matices claramente despectivos pueden percibirse en las series *sapo/zapo* y *mona/mona clara/mona colorada*, independientemente del aspecto cromático de los dos últimos términos; en la misma medida en la que admitamos un carácter metafórico en las acepciones generales peyorativas de *sapo* y *mona*, deberemos admitirla aquí, en el vocabulario específico de la seda, aun cuando las rugosidades de la piel del sapo y de la larva de seda así designada, puedan establecer un refuerzo en el nexa antedicho; en cualquier caso, lo que no es posible omitir a la hora de intentar establecer el proceso onomasiológico, es que ambos términos se emplean con alguna frecuencia en la huerta como despectivos, el segundo de ellos, a veces, con marcado carácter familiar e incluso con matices afectivos el segundo.



c) Nos queda que considerar, por último, el caso de *paloma*. En opinión de Elgueta y Virgili, se trata, desde luego, de un caso de significación metafórica basada en el color blanco de los dos animales. Lo auténticamente interesante son las circunstancias que rodean este proceso. No hay que olvidar que en el vocabulario murciano es perfectamente usual el término «mariposa», que es el utilizado en este caso por el vocabulario general; por otra parte, también hay que tener en cuenta que, excepción hecha de la acepción que nos ocupa, la distribución semántica de «paloma» es la normal en el vocabulario común español; hay que descartar, pues, de una parte, la neutralización por desconocimiento o infrecuencia de uso de cualquiera de los dos términos, y de otra, el proceso automático de *paloma*, por cuanto es estrictamente necesaria, para el caso de la acepción sedera, la aclaración contextual o la especificación gramatical. Descartadas estas posibilidades, como así mismo todas aquellas relacionadas con la anatomía o la utilidad de ambos animales, no queda otra posibilidad que la apuntada por Elgueta. El término «paloma» se utiliza para designar algunas mariposas en zonas dialectales, peninsulares y extrapeninsulares, en las que la crianza del gusano de seda no es usual, sino totalmente desconocida, pero por lo que respecta al dialecto murciano es necesario matizar este uso con alguna precisión: dentro de los insectos voladores se distingue cuidadosamente la mariposa de la paloma, pues mientras la primera es diurna, de cuerpo grácil y estilizado, alas grandes y de colores vistosos, con el segundo término se conoce a todas las nocturnas, de cuerpo grueso y peludo, alas cortas y colores blanquecinos, en definitiva tipos semánticos muy similares a la de seda; el principal problema onomasiológico radica en saber si a las noctuidas se les llama «paloma» a partir del nombre de la mariposa de seda, o si, por el contrario, ésta es una virtualidad más de «paloma». En el primer caso sería preciso aceptar la hipótesis de Elgueta, en el segundo estaríamos ante una especialización semántica.

3) a) El otro gran mundo léxico al que, inicialmente, pertenecen las voces registradas como propias de la sericicultura murciana es el de la botánica y la agricultura. Esta procedencia parece particularmente clara en aquellas voces que se refieren a la morera y su cultivo, pero no lo es menos en las referentes a la propia larva, como animal propiamente dicho: a su desarrollo biológico, si tenemos en cuenta que el entorno vital del sericultor es eminentemente agrícola. Dentro del propio vocabulario de la seda, podemos encontrar una evidencia de esta duplicidad en la distribución de voces agrícolas; así no es de extrañar que se hable de *borronicos de hoja* a la hora de designar las hojas de morera, muy tiernas, que hay que dar como alimento a las larvas durante sus primeros días



de vida, esas hojas son, efectivamente, muy poco más que «borrones», catalanismo muy usual en la región para designar el brote nuevo de las plantas y árboles, mientras que el diminutivo aúna el sentido recto de pequeñez y el figurado de cosa muy blanda y tierna, pero esta misma idea aparece trasladada al mundo de las enfermedades del animal, amparada, incluso, bajo la forma de un derivado de «borrón». En efecto, el verbo *aborronarse* nos da en su contenido la idea de «brotar», por cuanto es del conducto o mecanismo de salida de la seda de donde enferman las larvas de las que se dice; es necesario, sin embargo, aludir a que también puede estar presente la idea de «defecto o mancha» que subyace en «borrón», no en balde estamos tratando de un defecto de la larva, pero nos parece muy significativo el hecho de que este verbo refiera explícitamente a una enfermedad que le impide al gusano sacar la hebra de seda al exterior.

Voces estrictamente agrícolas pueden ser *rebrotín* y sus dos variantes *rebolotín* y *revolotín*, pues de ambas formas viene en las fuentes; *boja* y el catalanismo *borde*, en el sentido de «silvestre, no cultivado», las cuales no tienen ningún valor semántico fuera del correspondiente a este campo; evidentemente se forman sobre *boja* todas las voces que designan las operaciones y resultados en los que está presente esta planta: *embojar/rebojar/embojo/desembojo/desembojar / desembojadera / desembojadora*, son voces morfológicamente transparentes, y su presencia en este bloque de palabras relacionadas con la botánica está en función de su origen. Circunstancias muy similares parecen rodear el caso de *enraigonar*, *pelar hoja* y *esmuñir*; en el primero de ellos encontramos de nuevo una voz morfológicamente transparente, creada a partir del objeto que se utiliza para llevar a cabo la acción a la que se refiere, y su formación es perfectamente paralela a la de los derivados de *boja*, ya descritos arriba. *Pelar hoja* y *esmuñir* también son encuadrables en este apartado, aun cuando en sus significaciones básicas y primarias aludan a realidades y acciones zoológicas, «pelo» y «ordeñar», respectivamente; la razón es que al dialecto murciano, y más concretamente al mundo léxico de la seda, han llegado ya con significaciones claramente vinculables a la agricultura.

b) Con metáforas formales se alude a varias realidades sederas, partiendo del entorno agrícola; así mientras *parada* se relaciona con las faenas propias del riego, *bajoca*, *cañute/canute/cañuto* y *garrofeta* aluden a larvas que, a causa de una enfermedad, adquieren la apariencia externa de estos productos agrícolas. En los casos de *simiente* y *simentar*, a la evidente metáfora formal habría que añadir la funcional, desde el momento en que, tanto desde el punto de vista agrícola como desde el sedero, está latente la idea de la base para un nuevo ciclo vital. *Almendra*



y *cáscara* suponen la concreción en dos realidades agrícolas de un juicio de valor del huertano, de muy alta estimación el primero y peyorativo el segundo; no obstante hay que aclarar que, mientras el primero de ellos no ofrece ninguna dificultad para su interpretación, el segundo presenta, precisamente por su valor peyorativo, una flagrante contradicción con el gran aprecio que el huertano hace de otra realidad también llamada «*cáscara*» en el dialecto murciano: el pimiento desecado y dispuesto para ser molido; apoyándonos precisamente en esta ostensible diferencia estimativa, creemos que la base de partida para interpretar el valor sedero de *cáscara* no hay que buscarla en el murcianismo, sino más bien en el vocabulario general, en ese valor de envoltura externa de algo, que es necesario romper para conseguir la utilidad.

La característica de considerar el gusano de seda como una realidad agrícola más, y su crianza como labor típica del agricultor que, quizás, deberíamos ofrecer como conclusión de este epígrafe, apoyándonos mucho en los hechos mismos del acontecer diario, y no poco en las peculiaridades lingüísticas con que se nos presentan, aparecen claramente manifestada en *abochornarse* y *asolearse* 1, las dos con la misma significación. Es evidente que estamos ante voces morfológicamente motivadas sobre «bochorno» y «sol», y en razón de ello encuadrables dentro del mundo de la meteorología, pero no es menos cierto que ambas están vivas en el vocabulario agrícola de la zona, con el mismo sentido de «agostarse las plantas por efecto del excesivo calor», la primera con una distribución mucho más amplia y generalizada, y la segunda restringida, prácticamente, al mundo de la citricultura (otro ámbito muy típico de la zona estudiada); esto mismo parece desprenderse del hecho de figurar *abochornarse* en el D. R. A. E. con la significación agrícola que comentamos, mientras que *asolearse* 1 no aparece con ella, y sí con una perteneciente al campo de la veterinaria, «contraer asoleo los animales», de la que uno puede caer en la tentación de creer que deriva, por medio de un proceso de especialización, el valor registrado en el presente trabajo; pero, a fuer de sinceros, creemos que tal posibilidad debe ser desestimada, y no quisiéramos con ello pecar de extremoso hipercriticismo, pues su seguridad decae al tener en cuenta el hecho cierto de que el único ser vivo del cual se dice en la zona que puede *asolearse* es, precisamente, la larva de seda; la coincidencia geográfica de las áreas cítrica y sedera podría ser otro dato, creemos que no desdeñable, a considerar en el momento de establecer la posible relación entre las dos significaciones. No disponemos, en estos momentos, de datos suficientes como para poder asegurar, inequívocamente, la mayor antigüedad de una u otra acepción; solamente a título personal, y con toda la provisionalidad y cautela que la circunstancia requiere, basándo-



nos en estimaciones intuitivas y en circunstancias cuyo grado de influencia en los hechos no es fácil determinar (el vocabulario agrícola, en general, parece anterior al de la seda, la analogía con *abochornarse* parece clara, no se registran influencias del vocabulario sedero en el agrícola pero sí a la inversa, etc.), creemos que debió existir primero la acepción referida a las plantas, y sobre ella se formaría la referente a la larva de seda. En cualquier caso, creemos que es razón suficiente, para incluirla en este apartado, el hecho de la existencia de una relación probada y directa entre ambas, independientes, como parece proclamar la distribución, de la acepción veterinaria registrada en el diccionario académico.

4) a) La gran tradición familiar de la crianza del gusano de seda, el hecho de tratarse de una actividad en la que, normalmente, participaba toda la familia, no podía dejar de hacerse presente en el vocabulario, y en su consecuencia, son medianamente abundantes las voces que proceden de ese gran ámbito léxico que es la casa, con sus enseres, y sus habitantes, inmersos en el discurrir de la vida diaria. Entre las voces que designan enseres domésticos, conviene separar inicialmente aquellas que se refieren a objetos no específicamente ligados a la crianza de la larva de seda, sino que son más o menos usuales o frecuentes en la casa huertana y, llegada la ocasión, son empleados en los trabajos sericícolas; tal es el caso de *manta retalera, zalefa, zaranda, pilarillo, lía, asolearse II, recogido, horadado, plantar a hecho*; se trata, en definitiva, de voces que, desde el punto de vista semasiológico, no presentan rasgo distintivo alguno que las pueda diferenciar claramente de los valores registrados en el vocabulario general; desde el plano onomasiológico se trata, a lo sumo, de especializaciones semánticas, en un grado a veces casi imperceptible, hasta el punto de poder ser consideradas como pertenecientes al virtuemá de la palabra originaria.

Vocablos como *mortaja, casa/sepulcro, gorrón, atacado, camisa, desnudo* entran en relación, más o menos directa, con el hombre mismo y su circunstancia. En el primer caso se trata de un proceso traslaticio del significado en función del tiempo último, llegado ya el final. Todas ellas no hacen sino atribuir a la larva de seda, en función de alguna peculiaridad, aspectos de la vida humana. Asimilable a estos ejemplos sería la lexía compleja *pedir broza*, por lo que al valor del verbo se refiere. Los tres adjetivos referentes a la coloración de las larvas, *negro, berrendo y virao*, mantienen sus contenidos semánticos de uso general, tan sólo, quizás, valga la pena aclarar que el último de ellos mantiene relación con el sentido que tiene «virao» en catalán, «lista o barra de color distinto», según Corominas. Movimientos traslaticios del significado han dado lugar al empleo en este campo de la seda de voces como *trompeta, panecito*



y *lista*, que son metáforas formales; *pescar*, que lo es funcional; *sábana de coger hoja*, que cabalga sobre ambas posibilidades, y *jarcia*, tecnicismo de transporte marítimo, que conserva su sentido de conjunto de objeto diversos, orientados a una misma función, incorporado al lenguaje específico de la seda. *Paretón*, con un sentido claramente locativo, establece un nexo entre dos realidades físicamente próximas, tomándose como base del nombre de la realidad específica el de la más genérica. El caso de *jugada de canutes* se explica como una especialización de la acepción figurada de uso general en español, mientras que *emparejar* lo es de una significación recta del mismo vocabulario común.

b) En otros varios casos ocurre exactamente lo contrario: la acepción sedera se ha impuesto de tal forma sobre la genérica, que esta ha dejado, prácticamente, de usarse, como medio más seguro para evitar la anfibología que pudiera producirse al utilizar un término, que ha llegado a ser específicamente sedero, dentro de unos contextos que no lo son. En esta situación encontraríamos *capullo/capillo*, *zarzo*, *rocador*, *lucio*, *caja/cauza*, *lecho*, *deslechar*; sobre *zarzo* se ha creado *zarcera*, para designar una realidad de la casa huertana, peculiaridad cuya única justificación está totalmente vinculada a la crianza del gusano de seda. La doble forma de algunas de estas voces requiere explicación más pormenorizada; el caso de *capillo* se debe al deseo de evitar un tabú lingüístico, mientras que, si en *caja* podríamos ver una especialización semántica del término general, en el de *cauza* se trata de una evolución fonética autóctona para un significado que también lo es. En el caso de *lecho* podría haber la duda de una especialización zootécnica, presente incluso en el D. R. A. E., aunque realmente el vocablo no es muy usual entre los ganaderos de la zona.

5) Otro apartado de interés en el estudio onomasiológico del vocabulario que nos ocupa, puede ser el de las voces descriptivas. Las hay de forma, y tanto en sentido recto, *punta de lanza*, como en el figurado, prácticamente metáforas formales, como *fraile*, y por proximidad *monja*, o *pito/flauto*. Registramos también voces alusivas al origen de algo: *morera de doña Lucía*; mención aparte merece la pareja *morera valenciana/castellana*, en ambos casos la morera es exactamente la misma, la menos apreciada por los sericicultores, sólo cambia la distribución geográfica de ambas denominaciones: en cada uno de los dos lados de la divisoria entre los dos antiguos reinos, se le da a esta morera de baja calidad el nombre originario de la región vecina. *Paseante*, *descabezar* y *meona* serían voces descriptivas de acciones llevadas a cabo por el gusano de seda, mientras que *recoger los cantos* lo habría de ser de las ejecutadas por el hombre. A pesar de todo las voces más destacadas, dentro



de este apartado, junto con la ya analizada pareja *valenciana/castellana*, son *judas/colgado*, no solamente por la plasticidad de imagen de los nombres, sino también por el acierto y minuciosidad con que se describe la situación, fruto, sin lugar a dudas, de las veces que ha aparecido ante los ojos del criador de gusanos de seda.

6) En un mundo léxico como el de la seda, se hace preciso analizar las coordenadas sobre las que se ha basado la elección de voces que contienen juicios de valor, no en balde estamos ante un vocabulario que refleja una actividad económica, y que como tal, se orienta hacia la obtención de una mayor rentabilidad. La mayoría de las veces, tanto de valoración positiva como negativa, preceden del vocabulario general, y ya en este campo pueden ser utilizadas en el sentido que nos ocupa: *cristiana/fina cristiana, fina mollar, landreado, amortiguada, morera dura, morera natural, fuerte* pueden considerarse como especializaciones de los valores apreciativos o despectivos usuales en la lengua común. La valoración negativa contenida en *chapa* habría que explicarla en virtud de una metáfora formal, por cuanto en ambos casos, vocabulario general y técnico de la seda, parece que lo determinante para este signo es la idea de delgadez, de algo extendido por aplastamiento y de reducido grosor. Mucho más insegura, y por ende mucho más polémica, es la reconstrucción del proceso onomasiológico de *macocana*; el hecho de que se trate de una variedad de morera de hoja particularmente grande, podría justificar la hipótesis de Corominas en el sentido de una posible relación entre el murcianismo «*macoca*» y el americanismo «*macuquino*», pero dejaría sin explicar el evidente carácter despectivo que «*macoca*» y *macocana* tienen en el murciano, carácter claramente tenido en cuenta por García Soriano y Zamora Vicente al poner en relación estas voces con el verbo «*macar*», pero sin tener demasiado en cuenta que la idea central expresada por el verbo, falta de vigor, comienzo de la podredumbre, está en flagrante contradicción con la fuerza y lozanía por las que, precisamente, se caracteriza este tipo de morera. Con los datos actualmente conocidos, el problema dista bastante de estar definitivamente aclarado; aparte del contenido peyorativo de los derivados de la raíz MAC—, y de la dificultad para admitir, sin pruebas fehacientes, la expansión americana del murcianismo, frente a la fácil justificación que tendría el origen catalán de este último, muy poco más aparece claro a nuestra vista.

7) Un reducido número de voces correspondientes al mundo de la seda han llegado a él desde el área léxica del espacio; algunas pertenecen al vocabulario general, como *andana*, o son especializaciones de él, caso de *bordo/borde*, mientras que *cruzar* y *colgar* son claramente descriptivas. La auténtica creación léxica es *ocal*, derivado de «*hueco*», y explicada por



Corominas en función del espacio dejado por las dos larvas, entre ellas, a la hora de hacer el capullo.

Dos voces y una lexía compleja quedan aisladas, por su procedencia, aun cuando pertenecen también al vocabulario general: *estación*, *viruela* y *pinta de cebo*. La primera es, en el vocabulario de la seda, una especialización semántica, lo mismo que la tercera, mientras que para la segunda cabría pensar en un proceso de adaptación de realidades humanas a las larvas de seda, similar a los que ya han sido descritos arriba. Por último, aludir a la total falta de documentación relativa a *arañís* y *caarso*, lo que imposibilita cualquier intento de estudio en estos momentos.

8) Hemos dejado para el final de este capítulo la consideración de dos términos importantes: *hoja* y *gusano*. En virtud de un proceso antonomástico, y sin necesidad de especificación alguna, ambos significantes refieren, respectivamente, a la hoja de morera y a la larva de seda. Por lo que respecta a *gusano*, el proceso antonomástico no ha hecho sino independizar, aislar el único animal positivamente caracterizado de cuantos pueden ser designados por ese nombre, reflejándose así en lo léxico hechos paralelos de la vida real. A partir de esta antonomasia de *gusano* hay que considerar la de *hoja*, por cuanto la de morera constituye el alimento único y exclusivo, la única posibilidad de vida, de ese único *gusano* útil.

## CONCLUSIONES

A la hora de obtener unas conclusiones de nuestro trabajo, es necesario volver a retomar el hilo que habíamos abandonado en el prólogo, y comprobar hasta qué punto y de qué manera se conforman en el vocabulario de la seda una serie de circunstancias que habíamos intuido en el prólogo. Simultáneamente habrá que intentar descubrir esa «forma formans», si es que, en este caso, tiene suficiente entidad para ello, y a la que también aludíamos arriba.

Nos hemos referido, en repetidas ocasiones, al mundo de la sericultura como campo o área léxica, sin haber comprobado previamente si, efectivamente, esto era así. Parece claro que, desde un punto de vista extralingüístico, todas y cada una de las realidades a las que se ha aludido en el presente trabajo, encuadrándolas como relativas al cultivo de la morera y/o de la crianza de la larva de seda, se encuentran constantemente en el mismo contexto real: el de la sericultura; pero además, como



propugnaba Coseriu, (33), estas formas de cultura no lingüística tienen un reflejo evidente en el propio lenguaje. Uno de los problemas importantes que plantea el campo léxico, en tanto que cobertura lingüística de una parcela de la realidad, es la existencia de lagunas, y su valoración objetiva. A lo largo del capítulo que hemos dedicado a la semasiología en el presente trabajo, realizado inductivamente de lo particular a lo general, hemos podido constatar en varias ocasiones la existencia de lagunas, de realidades que quedaban, sin una designación concreta y específica; si hubiésemos empleado el método deductivo, de lo general a lo particular, hubiésemos visto cómo esas «posibles lagunas están cubiertas en un plano más elevado de la estructuración, precisamente porque el campo léxico en cuestión está cubierto por un campo léxico de contenido más general», (34); se trata, pues, exclusivamente de neutralizaciones, de renunciaciones, puramente sericícolas, a la hora de crear una específica cobertura lingüística para esa realidad que está ahí presente; si alguna vez hubiera que referirse al tronco de la morera, a sus frutos (en aquellas variedades que los dan comestibles), o a las patas del gusano de seda, pongamos por caso, se acudiría a voces de campos léxicos más amplios, como lo son el de la agricultura o el de la zoología. En cualquier caso, creemos que está lo suficientemente clara la existencia de esa renuncia al planteamiento lingüístico, como para no necesitar de mayor abudamiento de pruebas; lo que realmente nos puede interesar, en estos momentos, es tratar de encontrar el por qué de ese desinterés lingüístico en determinadas zonas del campo. La razón no hay que buscarla en la lengua misma, sino fuera de ella, en la realidad misma que la informa y a la que sirve: es un paralelo del bajo interés que esos aspectos determinados, no incluidos en el análisis de la realidad hecho por la lengua, tienen para el huertano en general, y para el sericicultor en particular. Parece, pues, claro que es el interés, en este caso económico, el que está determinando la presencia o ausencia de algunas voces en el campo léxico de la seda; en definitiva se trata de uno de los rasgos que ordenan y estructuran estas significaciones, rasgo lingüístico que, además, procede de una característica muy evidente de la producción sedera, en este caso la realidad misma.

El hecho de que sea la realidad extralingüística quien explique, y aun justifique, algunas peculiaridades descubiertas en el análisis semasiológico, juntamente con algunas afirmaciones vertidas por nosotros mismos en la introducción, pueden inducir a pensar que estamos en presencia de

(33) E. COSERIU: «Structure lexicale et enseignement du vocabulaire».—En *Les Théories linguistiques et leurs applications*.—Conseil de la Coopération Culturelle du Conseil de L'Europe. *Aidela*, 1967, pág. 19-20.

(34) HORST GECKELER: *Op. cit.*, pág. 167.



un vocabulario estrictamente técnico, terminológico, o «nomenclator», estructurado a partir de una realidad extralingüística, mediante «clasificaciones artificiales, establecidas convencionalmente», (35). Esto no es del todo así. Evidentemente tiene bastante de técnico el vocabulario sedero, pero tampoco es menos cierto que en otros aspectos dista bastante de ello. A través del análisis componencial del lenguaje técnico hecho por Coseriu, (36), podemos calibrar con suficiente exactitud las magnitudes de estas dos posibilidades. Si bien es verdad que la estructura de este campo léxico está fuertemente condicionada por la realidad de unos hechos extralingüísticos (digamos científicos, técnicos, objetivos, etc.), no es menos cierto que estas palabras no son «effectivement les représentants des «choses», c'est-à-dire que la «signification» y coincide avec la «désignation», (37); y no lo hace, en primer lugar, porque media un factor, tan inasible pero tan real, como la afectividad, la fuerte connotación afectiva que se manifiesta tanto en el acto verbal, cuanto en la propia estructura del campo. En segundo lugar habría que hablar de la desigualdad entre lo real y lo lingüístico: no todo lo que tiene existencia real aparece en el léxico especializado, según hemos visto ya arriba; sí se repiten en ambos mundos los ejes ordenadores, pero no los elementos a ordenar.

Distingue más adelante Coseriu entre «zona lingüística» y «ámbito objetivo», afirmando que pertenecerá al lenguaje técnico toda voz cuyo «ámbito» sea menor o exterior, respecto de la zona. En este punto habría que ir matizando las posibles extensiones de los distintos «ámbitos», por cuanto los resultados son de muy distinta índole según los casos; así, respecto del vocabulario general, concretamente del D. R. A. E., ya hemos expuesto en el vocabulario alfabético la situación de cada voz, y que arroja los siguientes resultados cuantitativos: 18 significados, correspondientes a otras tantas voces, no incluidos en el diccionario académico; 80 casos en los que aparece la entrada, pero no el contenido, aun cuando éste sea fácilmente deducible en virtud de algún movimiento semántico; y, por último, 47 voces cuyo contenido es idéntico al expuesto aquí, de las cuales 20 aparecen en el D. R. A. E. con la indicación expresa de murcianismo, y otras 27 no. Estos resultados cuantitativos no aclaran demasiado las cosas, por cuanto los que podemos considerar tecnicismos a ultranza conforman el grupo de menos elementos, 18, menor incluso, y esto es significativo, que el conjunto de voces de disponibilidad generalizada, que tiene 27 significados. Pero el mismo Coseriu no plantea la distinción entre «ámbito» y «zona» en términos cuantitativos, sino más

(35) HORST GECKELER: Op. cit., pág. 215 y ss.

(36) E. COSERIU: Art. cit., págs. 15 y ss.

(37) *Ibidem*: pág. 16.



bien sociolingüísticos cuando pide, para el establecimiento del «ámbito» de una palabra, que ésta sea conocida allí «en tant qu'élément d'un domaine de l'expérience ou de la culture», (38). En tanto que fruto de la experiencia vital, el «ámbito» y la «zona» del vocabulario sedero coinciden fundamentalmente, por lo que se refiere al dialecto murciano, en las huertas de Murcia y Orihuela, y generalizamos geográficamente porque creemos que no ha lugar la distinción entre cultivadores y no, dada la extensión que en su día tuvo esta actividad; en este entorno parece que no deba considerarse este vocabulario como técnico, a menos que, como el mismo Coseriu indica, se trate de una estructura técnica de carácter no culto sino popular, (39). En tanto que elemento cultural, el vocabulario de la seda trasciende los límites de esta primera zona geográfica, generalizándose en una muy buena parte de la totalidad, espacial y social, del dialecto murciano; tampoco a este nivel parec que se pueda hablar de vocabulario técnico, salvo que entendamos que «ils sont rapportés aux 'milieux' respectifs et, du reste, ne peuvent se définir que par rapport à ces 'milieux'», (40), lo cual parece incuestionablemente obvio.

Si de la aplicación de los baremos y criterios anteriores no puede extraerse una conclusión definitiva, habremos de acudir a la autoridad de la propia estructura del área léxica, en busca de una luz definitivamente clarificadora; si el planteamiento semasiológico se ha realizado exhaustivamente, a través de un análisis minucioso y global, y sin otras limitaciones que las impuestas por la propia sustancia del contenido, el resultado de este análisis estructural será perfectamente comparable con el de la realidad misma, y cotejando así dos realidades: la lingüística y la extralingüística, sin ningún otro andamiaje ni supuesto previo, podremos concluir la identidad o no de ambas formaciones, o lo que es lo mismo, el carácter técnico o no del vocabulario de la seda.

Decíamos arriba que el punto común entre la realidad viva y la realidad lingüística eran los ejes ordenadores del léxico, pero no los elementos lingüísticos; habrá que preguntarse, pues, qué filtro es el que ha actuado a nivel de elementos léxicos para que el vocabulario se liberase de la atadura de la realidad, conservando, sin embargo, los criterios de estructuración e integración en todo un continuo y uniforme. Para este cometido ya no podemos contar con los datos aportados por la semasiología, ya que ésta ha cumplido ya su misión de ofrecernos la estructura sémica, uno de los elementos de la comparación antedicha, deberemos, pues, en

---

(38) *Ibidem*: pág. 19.

(39) *Ibidem*: pág. 18.

(40) *Ibidem*: pág. 19.



consecuencia, acudir a la onomasiología en busca de los datos solicitados. En esta parte de nuestro trabajo podemos descubrir, como dato descolante, el hecho de que las voces que integran el vocabulario sedero proceden, en su gran mayoría, bien del vocabulario general, o de aquellas zonas de los vocabularios específicos de alguna actividad determinada que están vigentes en las disponibilidades lingüísticas de casi todos los hablantes, incluso de los no técnicos. Desde nuestro punto de vista, éste es el tamiz por el que los sederos del sureste peninsular han filtrado la estructura técnica de la crianza del gusano de seda: la actividad diaria y generalizada en todos ellos, de tal forma que, a la hora de nominar las realidades sederas han tomado como fuente primordial el vocabulario común a todos ellos, dejando al margen los tecnicismos que los sacarían de su entorno diario; así se explica la gran cantidad de voces agrícolas, de voces referentes al entorno humano, e incluso las procedentes del mundo de la zootecnia no específica ni fuertemente científica.

No se trata, como decía Coseriu, de un intercambio de términos entre la actividad técnica y el vocabulario usual, (41), sino de algo mucho más profundo y previo: la adaptación de la actividad técnica a los moldes lingüísticos de lo cotidiano. Se trata de una auténtica articulación lingüística, en el sentido reflejado en las siguientes palabras de Schwarz: «Las articulaciones lingüísticas, tanto internas como externas, y por tanto también los campos, son conocidas por el hablante, son un saber que posee y maneja con seguridad, pero del que no es consciente», (42).

La razón última de este proceder lingüístico nos va a introducir en el único planteamiento, de cuantos hicimos en el prólogo, y que no hemos revisado todavía: la posibilidad de que se trate de un rasgo de forma interior del lenguaje. No tratamos, en absoluto, de acudir a la lingüística para que ésta nos explique las peculiaridades de una mentalidad, (43), sino al contrario: intentamos ver las razones que puede haber para que una comunidad presente un comportamiento lingüístico dado. La estructuración del vocabulario de la seda en el sureste de la península responde a un planteamiento de lo que los filólogos, desde Humboldt acá venimos llamando forma interior del lenguaje, precisamente porque en ella el yo de los cultivadores de seda ha logrado «captarse... en el espejo de su propia expresión», (44). Al margen de ello, y como creemos

---

(41) *Ibidem*: pág. 18.

(42) Apud HORST GECKELER: *Op. cit.*, pág. 145.

(43) Cfrs. E. COSERIU: «La geografía lingüística». En *El hombre y su lenguaje*, Madrid, 1977, pág. 109.

(44) E. CASSIRER, A. SECHEHAYE y otros: *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Buenos Aires, 1972, pág. 28.



haber demostrado arriba, tampoco se ha producido una simple imitación de la realidad, sino una auténtica conquista de ella y, luego, una remodelación lingüística de la misma, en la que han intervenido, como Cassirer creía imprescindible y necesario, «todas las fuerzas del individuo», (45).

Creemos haber llegado al final de estas conclusiones al haber investigado sobre las razones últimas de una actitud lingüística; en cualquier caso, parece que hemos cumplido las palabras de Cassirer sobre Humboldt: «Reclama una interpretación y un análisis que muestren que cada lengua particular contribuye a la formación de la representación objetiva y cómo procede ella a tal formación», (46). Quisiéramos terminar con unas palabras del mismo Cassirer, que parecen resumir todo lo aquí expuesto: «El lenguaje no sólo sirve de manera secundaria a la expresión y a la comunicación de los sentimientos y de las vacilaciones, sino que constituye una de las funciones esenciales mediante las cuales la vida del sentimiento y de la voluntad se organiza y alcanza por fin su forma específicamente humana», (47).

*Universidad de Murcia*  
*Cátedra de Gramática Histórica*

JOSE MUÑOZ GARRIGOS

---

(45) Cfrs. E. CASSIRER: Op. cit., pág. 31.

(46) E. CASSIRER: Op. cit., pág. 21.

(47) E. CASSIRER: Op. cit., pág. 27.

